

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras.

2-1
40

TRES MUJERES
DEL ROMANTICISMO ALEMAN

T E S I S
que para su examen de MAESTRO EN LETRAS presenta
MARIA S. de HENDRICHS,

México, D. F.

MCMXL.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TRES MUJERES
DEL ROMANTICISMO ALEMÁN

por

MARIA S. de HENDRICHS

TESIS
que para su examen de
MAESTRO EN LETRAS,
presenta la autora.

México, D. F.

1940.

B I B L I O G R A F I A

Ricarda Huch: Die Romantik. (El Romanticismo). 1. Band: Blütezeit der Romantik. (Tomo I: Florecimiento del Romanticismo). 2. Band: Ausbreitung und Verfall der Romantik. (Tomo II: Propagación y Decadencia del Romanticismo). Leipzig 1915. Editorial H. Haessel.

Richard Benz: Die Deutsche Romantik. (El Romanticismo Alemán). Leipzig 1937. Editorial Philipp Reclam Jr.

Deutsche Literatur. (Literatura Alemana). Leipzig 1934. Editorial Philipp Reclam Jr.

- Reihe: Romantik, (Serie Romanticismo).
3. Band: Kunstanschauung der Frühromantik. (Tomo 3: El Concepto del Arte de los Iniciadores del Romanticismo).
 4. Band: Lebenskunst. (Tomo 4: El Arte de Vivir).
 5. Band: Weltanschauung der Frühromantik. (Tomo 5: Ideología de los Iniciadores del Romanticismo).
 7. Band: Frühromantische Erzählungen. (Tomo 7: Cuentos románticos de la Primera época).
 8. Band: Dramen der Frühromantik. (Tomo 8: Dramas de la Primera Época del Romanticismo.)

12. Band: Kunstanschauung der Jüngerer Romantik. (Tomo 12: El Concepto del arte de los románticos de la segunda época).
15. Band: Märchen. 2. Band. (Tomo 15: Fábulas 2. Tomo).
- Reihe: Aufklärung (Serie: Racionalismo).
14. Band: Sophie La Roche: Geschichte des Fräulein von Sternheim. (Tomo 14: Historia de la Señorita de Sternheim).

Werner Milch: Sophie La Roche. Die Grossmutter der Brentanos. (Sofia La Roche, la Abuela de los Brentano). Frankfurt del Main. Editorial Societat.

J. G. Herder: Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit. (Ideas para la filosofía de la Historia de la Humanidad). Berlin. Editorial Deutsche Bibliothek.

Schellings Philosophie. (La Filosofía de Schelling). Berlin. Deutsch Bibliothek.

Ludwig Roselius: Fichte für heute. (Fichte en nuestros días). Angelsachsen-Verlag, Bremen-Berlin.

Rudolf Eucken: Die Träger des Deutschen Idealismus. (Los Exponentes del Idealismo Alemán). Berlin. 1915. Ullstein y Cía.

Prof. Dr. Oskar Bulle: Die Verkünder des Deutschen Idealismus. (Los Heraldos del Idealismo Alemán.) 1916. Ullstein y Cía.

Dr. Hans Böhm: Gedankendichtung der Frühromantik. (La Poesía ideológica del Romanticismo Alemán de la Primera Epoca). Munich 1925. Editorial Kunstwart, Georg D. W. Callwey.

Dr. Hans Böhm: Gedankendichtung der Späteren Romantik. (La Poesía Ideológica del Romanticismo Alemán de la Segunda Epoca). Munich 1925. Editorial Kunstwart Georg D. W. Callwey.

Schleiermachers Werke. Ausgewählt und eingeleitet von Hermann Mulert. (Obras de Schleiermacher. Escogidas e introducidas por Hermann Mulert). 1924. Editorial Propyläen.

- Schleiermachers Briefe. Ausgewählt und eingeleitet von Hermann Mulert. (Cartas de Schleiermacher. Escogidas e introducidas por Hermann Mulert). 1923. Berlin. Editorial Propyläen.
- F. Schleiermacher: Platons Werke. 2. Teil. 2 Band. (Las Obras de Platón; 2a. Parte, 2. Tomo). Berlin 1824. Editorial G. Reimer.
- J. Minor: Friedrich Schlegel. Band 1 und 2. (Federico Schlegel; Tomo I y II). Viena 1906. Editorial Karl Konegen (Ernst Stülpnagel)
- F. Schlegel: Lucinde. Cielo Orplid. Tomo 21. Leipzig. Editorial Breitkopf und Härtel.
- Novalis: Hymnen an die Nacht. Die Christenheit oder Europa. (Himnos a la Noche. La Cristianidad o Europa.) Leipzig. Editorial Insel.
- Novalis: Heinrich von Ofterdingen. (Enrique de Ofterdingen) Weimar 1917. Editorial Gustav Kiepenheuer.
- W. H. Wackenroder: Herzensergießungen eines kunstliebenden Klosterbruders. Phantasien über die Kunst für Freunde der Kunst. (Efusiones de un Monje Estético. Fantasías sobre el Arte para Amigos del Arte). Weimar 1917. Editorial Gustav Kiepenheuer.
- L. A. v. Arnim und Clemens Brentano: Des Knaben Wunderhorn. (Del Joven Conucopio). Leipzig 1906. Editorial Max Hesse.
- Clemens Brentano: Fanferlies'chen Schönefüß'chen. (Cuento). 2 tomos. Constanza. Editorial Reuzz und Itta.
- Clemens Brentano: Chronika eines Fahrenden Schülers. (Crónica de un Escolar Vagante). Heidelberg. Librería Universitaria Carl Winter.
- Clemens Brentano: Nachtwachen von Bonaventura. (Vigilias del Bonaventura). Heidelberg 1912. Librería Universitaria Carl Winter.
- Clemens Brentano: Novellen. (Novelas cortas). Weimar 1917. Editorial Gustav Kiepenheuer.

- Briefwechsel zwischen Clemens Brentano y Sophie Mereau.
1. und 2. Band. (Correspondencia de Clemens Brentano y Sofia Mereau., Tomos I y II).
Leipzig 1918. Editorial Insel.
- Brentano und Tieck: Romantische Märchen. (Fábulas Románticas), 1. Serie Leipzig 1902. Editorial Eugen Diederichs.
- Ludwig Tieck: Der Runenberg. (El Cerro de las Runas).
Editorial Hyperion.
- Arnim, Tieck. Brentano; Romantische Novellen. (Novelas Cortas Románticas). Berlin. Editorial Ullstein y Cia.
- Achim von Arnims Ausgewählte Werke. In 4 Bänden. (Obras Selectas de Achim de Arnim. En 4 Tomos).
Leipzig. Editorial Max Hesse.
- Friedrich Hölderlin: Hyperion. Weimar 1918. Editorial Gustav Kiepenheuer.
- Hölderlin: Briefe, Dichtungen, Erinnerungen. (Cartas, poesías, Recuerdos.) Berlin 1921. Editorial Ullstein y Cia.
- Richard Benz: Bettina. Munich. Editorial R. Piper y Cia.
- Bettine von Arnim: Goethes Briefwechsel mit einem Kinde. (Correspondencia de Goethe con una Niña).
Berlin. Editorial Alemán Bong y Cia.
- Bettine von Arnim: Clemens Brentanos Frühlingskranz. (La Guirnalda Primavera de Clemens Brentano).
Leipzig 1921. Editorial Insel.
- Bernhard Eberinger: Frauenbriefe aller Zeiten. (Cartas de Mujeres de todos los tiempos). Stuttgart 1910. Editorial Carl Krabbe. (Erich Gussmann).
- Richard Wilhelm: Die Günderröde. Dichtung und Schicksal. (La Guenderrode, su Poesía y su Destino).
Frankfort del Main. Editorial Societät.
- Caroline und Dorothea Schlegel in Briefen. (Carolina y Dorothea Schlegel en sus Cartas). Weimar 1914. Editorial Gustav Kiepenheuer.

Rainer María Rilke: Die Aufzeichnungen des Malte Laurids
Brigge. (Anotaciones de Malte Laurids Brigge).
Leipzig 1927. Editorial Insel.

Graf Hermann Keyserling: Das Tagebuch eines Philosophen.
(El Diario de un Filósofo). Marmstadt 1920.
Editorial Otto Reichl.

---oOo---

TRES MUJERES DEL ROMANTICISMO ALEMÁN.

I.

INTRODUCCION.

Los Postulados del Romanticismo Alemán.

Nació el romanticismo alemán el día en que Carolina y Guillermo de Schlegel, los recién casados, llegaron a la ciudad de Jena para fijar allí su residencia. Fue el día 9 de julio de 1796. Desde aquella memorable fecha tomó incremento un movimiento literario que profundamente hubo de revolucionar las artes y las ciencias alemanas. No hay otro movimiento literario en la historia del espíritu alemán que lo iguale.

Si fue Jena el campo de batalla donde, en 1806, sucumbieron los prusianos a las huestes victoriosas de Napoleón, fue Jena también el lugar donde un pequeño grupo de idealistas alemanes, que acostumbramos señalar con el nombre de "Los Iniciadores del Romanticismo", entablaron victoriosa pugna para abrirse paso en el mundo literario y que conquistaron para su pueblo, todavía desunido y sin patria definida, el honroso título de la "Nación de los Poetas y Filósofos". Ellos arrojaron el guante a los pies del racionalismo que se atrevía a explicar la multiformidad de la vida y de sus fenómenos, sólo por medio del discernimiento intelectual. Por encima del saber puramente sensitivo y más allá de esa concepción fríamente utilitarista de la vida, que sólo reconoce como válidos el éxito material y el rendimiento, ellos se propusieron buscar nuevos senderos para el escudriñamiento de la totalidad indivisible de la vida humana. Ricarda Huch, la famosa historiadora del romanticismo, los llama "descubridores de lo subconsciente", porque tratan de descubrir

aquellas regiones que quedan inaccesibles para el intelecto humano y que sólo suelen manifestarse ante la mirada reverente, por medio de un fervoroso sumergimiento en la intimidad del propio "Yo". Por eso dice Novalis (Federico Hardenberg), el más profundo de aquella pequeña comunidad filosófica de los referidos "Iniciadores del Romanticismo, que:

"Todo lo esencial es interno; la verdad de la vida es lo espiritual; las cosas sólo son sus envolturas".

Y en otro lugar agrega:

"Hacia adentro se dirige el misterioso camino."

Lo abscóndito, lo subconsciente, lo Indecible, dan a su vida y obra el profundo relieve, la perspectiva, y despierta en ellos el vivísimo deseo de conceptuar el conjunto de artes y ciencias humanas como una entidad indivisible. Así fue que su percepción del mundo resultó la más enérgica antítesis del racionalismo y con su filosofía encontraron nuevos caminos para el movimiento decididamente antirracionalista de los poetas del "Tempestad e Impetu". Más profundos que los racionalistas, ellos penetraron en los abismos del alma, en los dominios del "Genio" ("Daemon"); escudriñaron valientemente las bajezas y perversidades de la vida humana y trataron de descorrer el velo detrás del cual se esconde el hondo misterio de la muerte.

Por eso, su empeño era evocar lo inconsciente, para hacerlo visible en la región de lo consciente; encarnarlo en el arte y someterlo al servicio de la vida. Con sentidos siempre despiertos, no dejaron de estudiar ningún aspecto de la vida, de una manera aun más trasparente y más sistemática que los clásicos mismos.

Los que entablaron esta heroica lucha del espíritu, fueron ante todo, los hermanos Guillermo y Federico de Schlegel, Schelling, Hardenberg y también Tieck. No tienen ellos nada de común con lo que vulgarmente se ha llamado "romanticismo sentimental". Su ideal poético y su poeta-héroe era Goethe, por cuya fama lucharon incansablemente hasta conquistarle el lugar predominante que hoy ocupa en el mundo literario. Su última mira era encontrar un feliz enlace del movimiento anti-racionalista del "Tempestad e Impetu", con el clasicismo marcadamente racionalista, a fin de formar una síntesis, un todo superior.

La filosofía romanticista es idealismo en su sentido más avanzado. Según el filósofo alemán

Fichte, cuya teoría de las ciencias inspiró a Federico Schlegel para conceptuar su nueva "Fe", el Mundo es sólo la creación del "Yo". Cada individuo crea de nuevo cada día la naturaleza que lo rodea, su mundo exterior. Schelling, el romántico, da otro paso más adelante en su "Filosofía Naturalista", por medio de la "idea de la identidad", que elimina todos los límites entre lo interno y lo externo. Dios y la Naturaleza, son una y la misma cosa; sin embargo, la Naturaleza es aún espíritu inconsciente y tendrá que ser redimido, es decir, hecho manifiesto en la consciencia (*). Todo lo externo es perecedero, es sólo la envoltura de lo espiritual que pugna por manifestar su Sér.

En síntesis, los designios de este grupo de entusiastas se cristaliza en la idea del aumamiento de Dios y la Naturaleza, y la meta que fijaron a la humanidad, es la del hombre perfectamente consciente de sí mismo, porque así será como Dios. Por medio de un querer consciente piensan llegar a esta meta. Resulta, como último postulado del romanticismo, la auto-educación del individuo. Arte y ciencia, empero, son los modeladores del alma del hombre verdadero, cuya misión consiste en eximirse, más y más, de las trabas del mundo externo hasta acercarse a su ideal: Dios. La vida del poeta debe tener la significación de una hermosa reconciliación entre la vida y el arte. En este sentido, cada individuo puede y debe ser artista, porque cada individuo representa una parte del todo, del Universo; y la tarea de cada uno se concreta al perfeccionamiento de su universalidad hasta alcanzar la íntima unificación "en Dios", donde vida y arte son uno.

Los románticos tomaron la vida muy en serio; la consideraban como un deber que había que cumplir. Esta misión les es al mismo tiempo su religión que conducirá su alma hasta la armonía con Dios. Toda la vida no era más que "inmolación ante el Infinito". Purificándose ellos mismos, les correspondía simultáneamente redimir a la Naturaleza y elevarla hasta la consciencia suprema: Dios. Por eso los poetas y los amantes eran, para su modo de ver, los que se encontraban más próximos a la meta,

"porque sólo a ellos confía la Naturaleza sus secretos más íntimos."

(*) Se usa la palabra "consciencia" en vez de "conciencia", para dar a entender que se trata del estado consciente del "Yo" y no la simple noción del mal o bien obrar.

Su tendencia hacia la universalidad les hizo interpretar el amor como una realización del ideal. Hombre y mujer, no separados, sino confundidos en una unidad espiritual, sólo así pueden cumplir con el sentido de la vida, pueden aproximarse a la finalidad: Dios. Los románticos recogen la idea que ya encontramos con Platón. En su "Banquete", Platón hace hablar a Aristophanes de aquellos seres hombre-mujer que eran tan poderosos que pretendieron forzar la entrada al cielo. Pero Zeus se dio cuenta del peligro que amenazaba a los dioses y partió en dos a esos seres, para que ya no pudiesen competir con los moradores del Olimpo.

Volver a unirse en el amor, esto fue lo que anhelaban los románticos y por eso, el amor les era sagrado. El amado o la amada era el interceptor ante Dios. Amando, querían llegar a comprender al otro y a sí mismo y de esta manera pensaban alcanzar su madurez hasta el perfecto conocimiento de sí mismos.

El "arte de vivir" debía, por eso, ser para ellos lo superior a cualquier otro arte que nunca expresa más que una pequeña parte del Universo, mientras que "el arte de todos los artes, es el arte de vivir." Por eso también la amistad es un recinto donde se rinde culto a este arte supremo por medio de la reciprocidad en el intercambio de ideas que conduce a cada uno hasta la auto-comprensión, cada vez más consciente. Su fervor llevó a los iniciadores del romanticismo hasta el deseo de fundar entre su grupo un "gremio", un "Hansa", una "Iglesia", en cuyo seno cada uno de sus miembros pudiera, por medio de una ayuda mutua y constante, volverse siempre más bueno, más hermoso y más veraz. La realización de esta idea fue el pequeño círculo de los "Iniciadores" que se reunía en la casa siempre hospitalaria de Carolina y Guillermo Schlegel: Federico y Dorothea Schlegel, Schelling, Steffens y el matrimonio Tieck. Desde lejos, el teólogo Schleiermacher y Federico Hardenberg (Novalis) colaboraron asiduamente por medio de una correspondencia frecuente y copiosa.

La cristalización de estos "eigengedachten Gedanken" (que literalmente significa: pensamientos que hemos pensado exclusivamente nosotros) de los románticos iniciadores, la encontramos en los Fragmentos del "Athenaeum", aquella revista literaria que publicaron Federico y Guillermo Schlegel durante los años de 1798 a 1800.

Para estos espíritus ardientes en fervor, el poetizar y pensar eran nada más distintas facetas de la misma actividad. La poesía también conducía hacia la auto-redención y hacia el acto de conocerse a sí mismo.

Poetas son, en el alto concepto de ellos, sacerdotes, interceptores ante Dios, igual a los sabios. Wackenroder, el amigo de Tieck y de Novalis, el más sutil y de más talento musical, estaba convencido de la santidad del sacerdocio del artista, porque el mismo espíritu que debía redimir la naturaleza inconsciente, oficiaba durante la creación de una obra de arte. Cada poesía era para Wackenroder "un espejo del universo". En el sentido de los románticos, poeta era el hombre

"quién tenía su centro en sí mismo"

y

"quién era capaz de dar expresión a una representación del mundo interno del alma."

Pero el arte supremo es, ante todo, para los románticos de la segunda época, el arte de la música, porque ella expresa, como dice ya Wackenroder:

"emociones humanas de una manera suprahumana".

Nos conduce al imperio de lo inconsciente y nos deja ver

"en el espejo de los sonidos el propio corazón".

Y en la poesía, la primacía entre todas las formas de expresión poética, la merece la fábula,

"donde se confunden lo finito y lo infinito",

y que, según Novalis,

"es toda música."

¿Pero qué se ha hecho de todos estos entusiastas que en su fervor pensaban tomar el cielo por asalto; qué en su acometividad prometéica, querían eliminar hasta los límites entre lo finito y lo infinito? ¿Acertaron su ideal poético y su vida? Wackenroder y Novalis murieron jóvenes, antes de cumplir los treinta años. Recibieron el don de la juventud eterna. El alma de Wackenroder, redimida en música y nostalgia, nunca hubiera podido hallar su hogar en este mundo. Del gran talento poético de Novalis, dan testimonio sus "Himnos a la Noche" y algunos "Lieder", canciones religiosas. Clemens Brentano, el más genial, que

"desencadenó todos los encantos de la fantasía",

que

"hizo vibrar y cantar el idioma en siempre nuevos e inimaginados acordes",

dejó a la posteridad su hermosa colección de canciones "Del Joven Cornucopia." Pero Brentano

"no tenía su centro en sí mismo"

y por eso,

"Su vida se le desvaneció como su poesía."

Tieck envejeció prematuramente. Lo verdaderamente romántico lo escribió antes de llegar a los 30 años. Wilhelm Schlegel, el genial traductor de Shakespeare, y Friedrich Schlegel, que en su juventud enriqueció todas las artes y ciencias del siglo XIX con sus ideas geniales, ambos sobrevivieron largos años su propia fama. Wilhelm sucumbió, víctima de su vanidad; Friedrich,

"el Agulla que quería conquistar el mundo con la abundancia de sus ideas",

se hundió en el seno de la Santa Iglesia Católica y en la estrechez y trivialidad de la vida burguesa,

"un poco engordado de cuerpo y alma",

como se expresa Ricarda Huch.

No son obras numerosas las que proclaman su gloria, pero sus ideas echaron raíces en el siglo XIX y muchas hay que aún esperan fruto y cumplimiento.

Que los grandes hombres de este movimiento literario-espiritual sobrevivieron a su propia obra y que no lograron modelar su vida en consonancia con las ideas que proclamaron, no resta méritos a su fama de poetas y filósofos. Sin embargo, en la mente del émulo que sabe, queda indeliberadamente un pequeño dejo de amargura y un poco de duda acerca de la posibilidad de vivir esta vida ideal que ellos concibieron. Pero ante esta duda, surgen las imágenes de tres mujeres que también pertenecieron a este grupo de los "Iniciadores del Romanticismo" y cuyo ejemplo puede justificar nuestra admiración plena por los ideales del romanticismo. Son ellas Bettina de Arnim, Carolina de Guenderröde y Carolina de Schelling. Ellas sí supieron vivir su vida conforme a sus postulados hasta la muerte, porque tomaron en serio el pensamiento de que la vi-

da era un deber que había que cumplir. Nunca dejaron de trabajar en su perfeccionamiento espiritual para conocerse a sí mismas y realizar en sí la universalidad.

Su producción literaria no es muy voluminosa tampoco y su contenido en valores poéticos no es menos que el de sus co-poetas masculinos. Bettina escribió las preciosas "Novelas epistolares" (novelas en forma de correspondencia), llenas de poesía y música, que nos dan un fiel relato del "modo de ser" de Goethe, de su hermano Clemens Brentano y de la Guenderrode. De esta última tenemos las "Canciones a Adonis" que son testigos de su gran talento poético. Murió joven, en la plenitud de su vida. De Carolina Schelling no nos quedan más que sus cartas que nos revelan la grandeza y pureza de su carácter.

II.

Bettina Brentano de Arnim.

Más que ningún otro, Bettina, la más romántica entre los románticos, realiza por su modo de vivir, las exigencias del movimiento espiritual a que pertenece. Podría compararse con una sonámbula, una clarividente a la que se le revelaron los misterios de lo inconsciente. Goza inmensamente cuando logra abismarse en aquellas regiones del espíritu, para pensar, como ella lo llama, "para escuchar a su genio (Daemon)". Celosamente guarda este "mundo íntimo de su alma" y lo cuida como la vestal el fuego sagrado. Los secretos que ha podido escuchar, nos los cuenta en sus cartas y novelas epistolares, en un lenguaje rítmico cuya musicalidad nos trae el recuerdo de Hoelderlin y Nietzsche.

Las circunstancias también favorecieron a Bettina, porque ella, cuyo carácter fue un complejo de mil rasgos contradictorios, tenía un alma que armonizaba admirablemente con el alma de su época. Su padre era Pietro Antonio Brentano, rico y austero comerciante, inmigrante italiano que nunca logró dominar bien la lengua alemana. Su madre era "la hermosa Maxe", la adorada del joven Goethe, hija de la genial Sophie Laroche. Bettina nació el día 4 de abril de 1785 y pasó los primeros años de su niñez en la aristocrática mansión comercial de su padre, "Al Botón de Oro", en Frankfort del Main. Entre los consortes existía cierto distanciamiento, pero ella fue la niña consentida de su riguroso padre y la mensajera de su madre cuando ésta trataba de conseguir algo de su esposo. Cuando Bettina había cumplido los tres años, murió su hermanito Peter, al que siempre después recordaba con mucho cariño, porque "tenía ojos de azabache en que cintilaba un fuego fulgurante y de los que está perdidamente enamorada la niña, por tanto admirarlos." Este Peter estaba lisiado y era excepcionalmente pequeño, pero siempre inventaba para su hermanita las cosas más disparatadas. Con frecuencia la subía a una pequeña torre donde echaron migas de pan a las palomas y a una clueca

con sus pollitos y allí le contaban fábulas a ella. Y después murió el hermanito y la niña no comprendía lo que eso significaba y frecuentemente creía ver en el crepúsculo sus ojos oscuros.

Cuando murió la hermosa madre, la niña tenía apenas ocho años. La llevaron al convento de monjas en Fritzlär y allí permaneció hasta cumplir la edad de doce años.

En la soledad del viejo jardín del monasterio, la niña se construye sola su mundo, que poco ha de haber tenido de común con el mundo de allá fuera. De esos tiempos escribe a Goethe, en su "Libro del Amor", (Diario):

"Me educaron en los jardines colgantes de la Semiramis, yo, un venadito terso, pardo y delicado de cuerpo, manso y cariñoso con todos los que me acariciaban, pero indómita en ciertos caprichos."

Bettina siente un amor entrañable por la naturaleza, la bebe en sorbos respetuosos, tiene tratos con árboles y arbustos como si fueran sus hermanos, vive inconscientemente el "Tat twam asi" de la doctrina de Brama. Siempre de nuevo despierta en la niña la idea que tiene del deber de salvar el alma animal. Aunque más tarde abomina de la filosofía de los profesores y cae enferma con calentura cuando cierta vez, a ruegos de su amiga Guenderrode, quiere ocuparse seriamente de la filosofía oficial; aquí, como niña, ya vive sin saberlo la idea de la filosofía naturalista de Schelling, quien proclama la necesidad de redimir la naturaleza, la que tendrá que volverse consciente de sí misma; respecto a ella, siente la niña "que es de naturaleza divina".

A los ocho años, Bettina se escapa furtivamente de su cama para experimentar allá fuera, en el jardín, la violencia de una tempestad, mientras las monjas,

"como un rebaño de ovejas acobardadas, se aprietan bajo las gruesas bóvedas del templo, cantando letanías para pedir la protección del Sér Supremo."

Pero ella sabía:

"La lluvia que cae a torrentes, no hacía daño a las flores sobre sus delicados tallos, ¿cómo me

hubiera podido perjudicar a mí? Hubiera tenido que avergonzarme ante la confianza de los pajarritos, si me dejaba atemorizar".

En otra ocasión, cuando acababa de limpiar los cálices y lavar los purificadores,

"se echa de espaldas sobre el césped del jardín, con una ramita de flores en la boca, donde revolotean, zumbando, las abejas y está convencida de que no le picarán sus labios, por ser tan buena amiga de la naturaleza".

Un buen día, trepa a un castaño y se acuesta

"pegadita y elástica sobre las ramas; cuando pasaba el viento susurrando, y todas las hojas me cuchicheaban, me parecía que hablaban mi lenguaje."

Sobre las uvas echa su bendición antes de comerlas, porque ya desde niña se ha dado cuenta, de que

"toda la naturaleza es sólo un espejo de lo que acontece en el espíritu."

A la edad de doce años, a la muerte de su padre, Bettina sale del convento y se traslada nuevamente a Frankfort del Main, a la casa de sus hermanos, o va frecuentemente a visitar a su abuela, la señora Laroche, en Offenbach. Después del matrimonio de su hermana Gundel con el señor de Savigny, va con ellos a Landshut y a Munich; pasa luego a Viena y de allá a Berlín, donde se casa, en 1811, con Achim de Arnim. En Berlín fija su residencia para toda su vida y allí muere el 20 de febrero de 1859.

En el jardín de su abuela, en Offenbach del Main, a la edad de 13 años, tiene Bettina un extraño encuentro con un ruiseñor. Es durante el crepúsculo. El pájaro se le acerca confiadamente y por largos ratos los dos se miran inmóviles "Ojo en ojo de ruiseñor". Bettina sabía:

"El animalito quería hablar conmigo, tenía un sentimiento, un pensamiento que canjear conmigo."

Al día siguiente, al ponerse el sol, Bettina vuelve al mismo sitio donde hay por un lado una fila de álamos y por el otro, un vallado espeso de frondosos rosales.

"Subí a un álamo alto cuyas ramas se agrupaban desde abajo en forma de escalera alrededor del tronco. Allí me amarré fuertemente con el lazo que me había servido para subir mi guitarra. Hacía un calor sofocante, pero poco a poco se levantaba el viento y sobre mi cabeza se amasaban nubes oscuras. Pronto, el viento se transformó en tempestad y las ramas de los rosales empezaban a agitarse como las olas del mar. El ruiseñor se había colocado frente a mí; sobre la ramita de un rosal. Así se quedó firme; más fuerte que bramaba el viento, más sonoro se oía su canto; la diminuta garganta parecía desbordarse como si quisiera displayar toda su vida ante la naturaleza alborotada. La lluvia no le molestaba; los árboles que gemían y los truenos que retumbaban, ni lo asustaban ni dominaban su voz aguda; y yo, amarrada sobre mi esbelto álamo, me inclinaba, balanceándome, sobre el rosal y tocaba las cuerdas de mi guitarra para templar el júbilo del pequeño cantor."

¿Ha habido un poeta que más profundamente se haya embebido en los misterios de la naturaleza que esta niña que parecía poseída de fuerzas mágicas? Siempre de nuevo, Bettina nos da pruebas del misterioso encanto que mora en su alma mística.

Este amor a los animales y esta profunda comprensión "del alma emparentada", no abandona a Bettina durante toda su vida. En noches heladas de invierno se levanta de la cama para ir a acariciar al venadito que se pasea inquieto en el jardín vecino.

"Nos conocemos, ¡qué hermosos son sus ojos! ¡Qué alma tan profunda me mira a través de ellos! ¡Qué veraz, qué calido! Pone su cabecita en mi mano y me mira; yo también lo amo, lo vengo a ver siempre que me llama. En las noches heladas, bajo el resplandor de la luna, oigo su voz, brinco de la cama y con los pies desnudos corro sobre la nieve para sosegarlo. Luego que me ve, se tranquiliza, ¡oh, excelso animalito que me mira, me grita como si implorara su redención!"

Con igual cariño acoge Bettina a la naturaleza muda. Flores y árboles le parecen emparentados a sus propios pensamientos que le vienen no sabe de dónde. Escribe a Goethe:

"Te sonríes, te digo, mientras sigo con los ojos las líneas esbeltas de los álamos que llegan hasta el cielo; también mis inspiraciones me parecen elevarse hasta el cielo y como las tiernas ramas se balancean con el susurro del aire, así se agitan en mí las emociones, como el ramaje de un alto árbol imaginario."

A su hermano Clemens, escribe:

"¡Las rosas, cómo brillan en el crepúsculo! Me llaman para abrazarlas con la palma de mi mano, para besarlas. Me siento una de ellas cuando charlamos, de noche, bajo la luz de la luna; con las flores no me siento sola, como con frecuencia en la sociedad humana."

Y los tilos sólo florecen para ella y sólo a ella le envían su aroma.

"Oh, dicen los tilos, tú te paseas tan solita debajo de nuestras copas y abrazas nuestros troncos, como si fuéramos seres humanos; por eso te hablamos con el lenguaje de nuestro perfume."

Como flores del campo le parecen todos sus abigarrados pensamientos amorosos.

"Inconscientes abren sus ojos dorados sobre el verde césped; sonríen un rato hacia el cielo azul; luego, encima de ellas, se encienden miles de estrellas que bailan alrededor de la luna y envuelven las flores con noche y letargo; las flores que tiritan y que se doblan bajo el peso de sus lágrimas."

Y de nuevo escribe a Goethe:

"¿No bailan las flores? ¿No cantan? ¿No escriben espíritu en el aire? ¿No nos dibujan el perfil de su alma en su propio semblante?"

Para Bettina, es seguro que

"toda la naturaleza no es más que símbolo del espíritu; ella es santa porque lo pronuncia; el hombre, a través de ella, aprende a conocer su espíritu propio."

Como Novalis, en sus "Himnos a la noche", casi borra los límites entre lo infinito y lo finito; así Bettina, cual una

Sibila penetra los últimos misterios, toca como con la vara mágica de su amor universal, las flores, los árboles y los animales y les arranca la mudez de su alma.

De igual modo como Bettina experimenta el alma de la naturaleza con su tacto interno, así acoge la música, adelantándose a los románticos de la segunda época que proclamaron la música reina de todas las artes. Por el año de 1810, Beethoven es presentado a Bettina. El gran solitario se empeña en buscar la conversación con "esta niña", y ella, entusiasmada, escucha sus íntimas confesiones sobre su música y su trabajo. El maestro descubre pronto el alma congenial que es, como él también, "una chispa eléctrica". Sinceros son los elogios que dedica a sus "Lieder", cuya música ella misma ha escrito. Su opinión es:

"que si me hubiera profundizado en el arte de la composición, habría tenido perspectivas muy halagadoras."

Pero ella no quería estudiar seriamente la ciencia de la música, prefería ejercitarse en el arte de los sonidos "rozándolo al vuelo". Casi triste se volvió, cuando su profesor de canto se atrevió a decirle que ella, con estudios más formales, podría alcanzar la maestría en el arte del contrapunto y de la composición. Lo que temía ella, era que un estudio serio de la música pudiera privarla de ese íntimo pacto por intuición, de su divina identificación con ella. Porque ella sintió la música como

"una manifestación del espíritu, como lo infinito en lo finito."

No escuchaba la música, sino que vivía en ella.

De la impresión que causaba su canto, nos cuenta un tal Alois Bihler, un estudiante, que solía hacer música con ella, cuando vivía en Landsbut con sus hermanos, en los años de 1809 y 1810.

"Aquí dejaba rienda suelta a su maravillosa particularidad. Raras veces escogía canciones con música escrita; cantando hacía versos y haciendo versos, cantaba, con una voz preciosa, algo así como improvisaciones. Con igual maestría supo expresar una abundancia de sentimentalismo y de espíritu en la escala simple y lenta, como en los solfeggios que le brotaban inconscientemente y momentáneamente. Arrebatado y fuera de mí, quedaba inmóvil, escuchando las manifestaciones de su espíritu creador."

Un buen día, cuando escuchaba ensimismada los sonidos acariciadores de la música, siento como si ahora se le hubiera descorrido el velo que le escondía el profundísimo contacto entre naturaleza y música.

"Me fue como si tuviera al misterio de la creación sobre la punta de mi lengua. El sonido que sentía vivo en mí, me dio la impresión como si Dios, por medio del poder de su voz, hubiera hecho brotar todo, y, como la música, siempre repetiría esta eterna voluntad del amor y de la sabiduría."

Pero las inspiraciones más maravillosas le vienen a Bettina cuando siente su misión de convencer a Goethe, su héroe idolatrado, de quién le han dicho que no entendía nada de música, de que

"la música es el espíritu innato de todos los elementos."

Le cuenta sus extrañas experiencias con un ratón y una araña,

" con estos dos diminutos animalitos que se habían entregado a la música. La música fue su templo en el que sentían su existencia exaltada y tocada por lo divino." "...En el invierno pasado, tuve en mi cuarto una pequeña araña; siempre que tocaba mi guitarra, bajaba apresuradamente a su tela que había colgado a mi altura. Me paré en frente de ella y pasé los dedos sobre las cuerdas; a las claras se veía cómo vibraban sus piernitas; cuando cambiaba los acordes, ella cambiaba sus movimientos, es decir, eran intuitivos. Con cada arpeggio distinto, cambiaba el ritmo de sus movimientos: no puede negarse, este pequeño ser quedó poderosamente impresionado de alegría o del espíritu, todo el tiempo que duraba mi música; tan pronto que se hacía silencio, ella se retiraba. Otro pequeño compañero fue un ratón que más bien sentía predilección por la música vocal; casi siempre venía cuando yo cantaba la escala; más fuerte que hice vibrar el sonido, más se acercaba, pero en el centro de la habitación quedaba sentado. Mi profesor estaba encantado del animalito y mucho nos cuidábamos de no asustarlo. Cuando cantaba yo canciones o cambiaba de melodías, parece que sentía miedo; no podía aguantarse y corriendo desaparecía. Resultó, pues, que el diapasón era lo más adecuado para esta criaturita;

el diapasón se posesionaba de ella y, quien puede dudarlo, iniciaba algo sublime en ella."

Y luego continuaba Bettina dirigiéndose a Goethe mismo:

"¡Tú, cuyas palabras, cuyos pensamientos siempre miran hacia la musa; tú no vivirías en el elemento de lo sublime, de la comunicación con Dios?"

También hace Bettina esfuerzos de acercarse a Goethe a la música de Beethoven, cuya belleza y grandiosidad ha comprendido por intuición. Llena de entusiasmo siente ella que los sonidos de este "supra-espiritual" pueden ampliar el propio limitado "yo" hasta formar un "universo del espíritu". Estas palabras las escribió la joven cuando se sentía sola con su más profunda comprensión del genio.

"Es cierto que soy menor de edad, pero por eso no cometo ningún error al expresar (lo que quizá ahora nadie comprende ni cree), que él se anticipa con mucho a la educación de toda la humanidad, ¿y será posible que jamás le alcancemos?"

Y más adelante dice Bettina:

"Sí! que logre él alcanzar sus excelsos designios! Ciertamente, entonces dejará en nuestras manos la llave de la divina sabiduría que nos habrá de acercar un paso a la verdadera bienaventuranza."

Quiere Bettina que también Goethe se sienta estremecido con divina emoción, y lucha por la salvación de su alma, porque el mentor de Goethe en asuntos musicales es su amigo Zelter, un pedante fosilizado,

"que no deja pasar nada la aduana que el mismo no haya entendido todavía, pero ¡no es, propiamente dicho, música lo que comienza allí donde termina el entendimiento?"

Y vuelve a repetir las palabras propias de Beethoven que pronunció para que ella se las pasase a Goethe:

"que música es revelación superior a toda sabiduría y filosofía; la música es el vino que incita a nuevas creaciones, yo soy Baco que prepara este vino exquisito para los hombres y que los hace beodos del espíritu; cuando vuelven en sí, han logrado mucho que les será de provecho."

Que Beethoven se siente impelido a confesar sus ideas más íntimas a esta joven de 25 años, que para todos causa la impresión de una jovencita, y que ella sabe pasar estas intimidades a Goethe con tan exquisita delicadeza, todo esto nos da testimonio del íntimo parentesco de estas dos almas musicales.

Para Bettina, la función suprema es el amor, no ese

"amor común en él que cree cualquiera, sino aquel amor ideal"

que la liga con Goethe. A la edad de 22 años, en el año de 1807, Bettina, al fin, es presentada al poeta, después de haber venido, casi todos los días durante un largo año, a visitar a la señora de Goethe, la que, en el umbral de su puerta, no ha dejado de platicar de su "Juanito consentido." Más tarde, cuando ya el matrimonio Arnim ha fijado su residencia definitiva en Berlín, Bettina encuentra la manera de comunicarse a pesar de la distancia que los separa, por medio de sus encantadoras cartas que Goethe lee con deleite y de vez en cuando contesta,

"para calmar un poco el ansia de la niña."

Casi treinta años más tarde, en el año de 1835, Bettina publica estas cartas bajo el título de "Correspondencia de Goethe con una niña." Su primer editor calificó la obra como

"un libro para los buenos y no para los malos",

para decir algo con qué salirse del paso. Y realmente, la "niña" ha hecho un primoroso regalo a todos los buenos de todos los tiempos, porque aun hoy día, estas cartas no han perdido nada de su frescura, debido al lenguaje musical y su entusiasmo inmarcesible. Como siempre en su vida, Bettina supo comprender intuitivamente la vida del héroe y trasponerla de lo finito a lo infinito, a pesar de que no siempre se atuvo exactamente al texto de las cartas originales.

Contrastando con las ideas de los otros iniciadores del romanticismo, que pensaban llegar a la universalidad por medio del aunamiento con el amado o la amada, es decir, que querían alcanzar su perfeccionamiento en la dualidad, Bettina se siente lo suficientemente fuerte para consumir su autoredención, sola. Según ella,

"cada quien busca en el amor sólo a sí mismo",

y

"sólo a ti mismo puedes seguir siendo fiel en el amor."

En otro lugar dice:

"Todo lo que pienso ganar, que sea por medio de este amor ideal; él rompe todas las cadenas y permite el paso a nuevos mundos del arte, de la profesia y de la poesía."

Para ella, amor es religión porque conduce al hombre hacia su perfeccionamiento, es decir, hacia Dios. Su amor a Goethe le significa la misión

"de ofrendarle un rato de felicidad hasta su último suspiro",

y quiere enaltecer su propia vida, luchando sin descanso para esta finalidad. Mucho más tarde, cuando hace un resumen de su vida en "Ilius Phamphilius y la Ambrosia", confiesa:

"Si he hecho creer a Goethe en la ilusión de esta mi apasionada música del amor, lo hice porque mi entusiasmo que sentía por él, me inspiraba, no porque estaba por en medio mi interés propio."

Para Bettina una verdad irrefutable es esta:

"Dios se hizo hombre en el amado; tal vez penetra Dios en nuestro corazón a través del amado."

Aquí surge de nuevo esta idea genuinamente romántica que el amado es el interceptor ante Dios. Lógicamente, no exige que el amado pertenezca exclusivamente a ella:

"No pienso prenderme de mi amado como si fuera de plomo; soy como la luna cuya luz penetra su cuarto."

Ciertamente, también surge en ella el deseo de estar siempre al lado del amado, pero al instante le dice una voz de su interior:

"que no sería digno de ti (Goethe), si yo quisiera exigir esta felicidad".

Su único objeto es el desarrollo de su propia personalidad espiritual,

"sobre senderos de frígida soledad que me impusieron los dioses, pero de esta manera no corro el riesgo de perderte porque tú no te echas atrás y yo no seguiré adelante sin ti; y así, probablemente nuestra meta común será la eternidad."

No necesita Bettina la compañía real, porque sabe:

"El amor es un íntimo enlazamiento de las almas; yo no estoy separada de ti cuando amo."

Quiere que sus relaciones con Goethe sean santas, lo que expresa con las palabras:

"sin importarme si me aceptas o me desconoces."

Su misión sólo es:

"ser el guardián de su templo para que su existencia no quede en el olvido, sino que se vuelva realidad eterna por medio de su imagen espiritual que quedará grabada en su corazón"... "Por el tejido de tus días se extiende un hilo que te enlaza con la eternidad. No por todas las vidas corre este hilo y la que no lo tiene, desvanécese en la nada."

Bettina quiere hacer de su vida, un espejo de la vida de él, pero, a su vez, quiere que Goethe sea el espejo mágico de ella

"en el que se refleje todo lo que sucede en ella."

De esta manera, espera ella, correrá también a través de su vida aquél hilo que tanto anhela, sin el que se carece de armonía; pero está segura que encontrará su centro sin el cual no podría alcanzar el perfecto equilibrio de su carácter. Un gran esplendor emana de él y la envuelve con la aureola de su luz. Recién nacida, él la tomó entre sus brazos y la acercó a la luz y (continúa Bettina escribiendo):

"mi madre empezó a temer que me cegaras."

En el lenguaje de Bettina, amar significa comprender la hermosura, y, por eso, se siente compellida a amar a Goethe, porque él es hermoso,

"y sus ademanes también son hermosos, porque expresan espíritu";

espíritu, como lo proclama la naturaleza y que, "por eso es santo."

El amado es su templo y su amor es su culto.

"Siempre que quiero estar contigo, me desprendo de las trivialidades del quehacer cotidiano, como alguien que se viste de gala; así eres la puerta de entrada de mi religión."

Su vida era y es

"un continuo preparar a recibirlo."

Por ser capaz de comprender su belleza, él la enaltece, elevándola

"encima de la letra y de la ley."

El la sube más allá de sí misma para que pueda ser digna de él. Pero también se da cuenta de

"que mi amor te cae bien, tu eres hermoso porque te sientes amado."

Sublime sabiduría es ser capaz de percibir la belleza en el amado como en todas las cosas de la Creación. Esta sabiduría significa religiosidad. Ella es devota en su amor, devota y buena y bella, porque, siempre que el espíritu quiere lo bueno, quiere a Dios mismo.

El poeta alemán Rainer María Rilke hace, en sus "Memorias de Malte Laurids Brigge" el siguiente comentario de Bettina y Goethe:

"Esta enamorada le fue impuesta como tentación, pero no salió bien librado de ella, porque allí estaban los límites de su grandeza."

¿Comprendió Rilke al maestro? ¿No fue Goethe, del que Bettina escribió:

"Tú tomas tu destino sólo como alimento de manos de los dioses y bebes la copa de las amarguras y dulzuras con la serenidad de tu grandeza",

justamente por eso dueño de sus designios, porque logró establecer la armonía de su ser por medio de su heroica lucha con sí mismo, y porque estaba consciente de los obstáculos que se oponían al pleno desarrollo de sus facultades? El sabía que este amor no era su tentación, que no le desviaría de la órbita que, con ojos despiertos, tenía que recorrer. Probó con deleite de este amor y de esta adoración que se le ofrendaban, como una fruta deliciosa, como vino que se brinda en fulgurante copa, pero sin embriagarse. Su distan-

ciamiento no significa límite de su grandeza; no, al contrario, es la comprobación plena de su genuina superioridad que culmina en el "Reconócete a ti mismo."

Bettina misma estaba consciente de lo desproporcionado entre el objeto de su amor y los límites de su personalidad. Una materialización de su amor puramente idealista, hubiera significado su fin, hubiera matado la nostalgia que era el estímulo de su propia culminación, de su redención. Únicamente quiso ser útil "de mil formas" al genio que había descubierto y que amaba. No de otra manera aceptaba Goethe este amor de Bettina; en una de sus cartas le dice:

"...porque en el fondo, no se te puede dar nada
...tú sólo, o te creas todo, o te lo tomas."

En 1811, poco después de su casamiento, Bettina y su esposo, el poeta Achim von Arnim, vinieron a Weimar a visitar al gran maestro. Desgraciadamente, los celos de Cristina, la mujer de Goethe, produjeron un escándalo que terminó con el rompimiento social entre Goethe y Bettina. Sin embargo, la adoración y el amor de Bettina no sufrieron menoscabo por eso.

Después de la muerte de su esposo, en enero de 1831, y de Goethe, el 22 de marzo de 1832, Bettina procede a erigir a su héroe idolatrado un memorial con su "Correspondencia de Goethe con una Niña", como un entrañable testimonio de este amor que

"se había posesionado de ella como una llama purificadora que consumió todo lo superfluo, todo lo secundario."

Como su amor era para Bettina religión realizada, así también conceptuaba el verdadero sentido de toda manifestación artística. No sólo poseía un talento musical extraordinario, sino también daba pruebas de grandes dotes para el arte del dibujo. Sobre esto escribe el poeta y fabulista Andersen en su autobiografía "La fábula de mi vida":

"Todo el mundo conoce sus poesías, pero muy contadas personas saben algo de su talento para la pintura. Es lo novedoso de sus temas que nos sorprende... Yo sé que Thorwaldsen, a quien enseñó un buen día todos sus dibujos, quedó altamente asombrado de la genialidad de sus ideas."

La obra artística refleja el alma del artista, y, viceversa, el artista llega a conocer su propia alma a través de su creación; se vuelve consciente de ella y la eleva a Dios. Este es el postulado que Bettina quiere realizar. En su arte y en todo lo que hace, quiere alcanzar el más alto grado de rendimiento.

"¡Séanos una plegaria continua toda la vida diaria, y todo lo que no se hace sobre esta base, que sea pecado!"

Su hermano Clemens le contesta en una de sus cartas:

"Muchas de tus cartas parecen más bien monólogos o una especie de oraciones, en la que el pensamiento enseña a amarse y a dignificarse a sí mismo y permanecer en devota meditación. Esta devoción es seguramente santa e invulnerable, porque sólo ella es presagio del despertar de un hombre superior. La devoción está encima de toda educación, igual a toda veneración de lo divino, primera poesía humana."

Esta reverencia y esta devoción ante el valor intrínseco de todo ser humano, como demostración de la tendencia hacia Dios, guiaban todos los actos de Bettina y la hacían darse, en el trato con la gente, siempre con completa naturalidad, sin modales de afectación o distinción, pues decía:

"Me parece excesivamente estúpido querer perder el tiempo con cuentos chinos."

En la iglesia buscaba un asiento en la banca de los mendigos,

"porque son los más neutrales."

No encuentra su religión en las iglesias establecidas. Ya cuando era niña, no le impresionaban las leyendas de "santos y demonios":

"...creo que no eran de estilo puro."

Pero cuando canta en el silencio de los bosques, una canción de Goethe

"que eleva el alma y es consuelo del corazón",

entonces sí siente una satisfacción que le parece plegaria. La que siempre se siente conmovida de reverencia,

en la iglesia se le enfría el alma,

"porque gime bajo el aburrimiento y el sermón se le cae como plomo sobre los párpados".

Pero siempre que pudo escaparse al viejo jardín del convento,

"el más insignificante rayo de sol le parecía mejor inspiración que toda la santa historia eclesiástica."

De igual manera como Friedrich Schlegel quiso crear una vez una nueva doctrina, también Bettina propone a su amiga Carolina de Guenderode la fundación de una iglesia por cuenta propia:

"Vamos a fundar nuestra propia religión, yo y tú, y seamos por lo pronto en ella sacerdote y lego, muy calladitas, y vivir escrupulosamente conforme a ella, y sentar poco a poco su doctrina, como se desarrolla poco a poco un príncipe, hijo de un rey, que en su tiempo tendrá que ser el soberano supremo del mundo entero. Y esta religión se llamará la religión en vilo. Pero un ordenamiento, te lo tengo que proponer desde luego, para que lo pienses, porque es una ley fundamental, a saber: el hombre debe emprender siempre la acción más noble posible y nunca otra; y aquí te caigo en la palabra para decirte que cualquier acción puede y debe ser una acción sublime. ¿Verdad? También debe ser uno de los principios fundamentales de nuestra religión en vilo, que no admitamos educación, es decir, nada de cultismo o afectación. Cada quien debe ser ávido de conocerse a sí mismo y debe salir a la luz como el mineral sale de la mina o como brota un manantial de la tierra. Nuestra enseñanza debe tener la única finalidad de dejar que el espíritu se abra brecha."

Años más tarde, Bettina insiste en las mismas ideas en una carta a Goethe:

"Así es que la vida celestial no es más que espíritu. Por eso, cada verdad es un capullo que, gracias a los elementos celestiales, florecerá y rendirá fruto. Debemos recibir la verdad como acepta la tierra la semilla; por medio de ella, nuestras energías sensoriales

trascenderán a las alturas suprasensibles"...
"Nada te separará de esta tu divina unicidad,
todo lo que significa un abismo entre ti y tu
genio, es pecado."

Y no hay quien acuse a Bettina de este pecado. Nunca ha permitido que algo extraño se interponga en su camino y nunca dejó de subir el sendero que debía acercarla a Dios. Schleiermacher dice de ella:

"Dios ha de haber estado de muy buen humor cuando la formó."

Bettina entiende el lenguaje de los animales y las flores y quiere redimirlos. Vive en la música y se da cuenta del despertar de su alma y deja que madure hacia el perfecto conocimiento de sí misma, hacia Dios. Arte y vida, en íntima unión, forman el puente que conduce a Dios.

III.

Carolina de Guenderrode.

Era cual una clarividente Bettina, que guardaba y cuidaba los dones del intelecto y del alma, que habia recibido de la naturaleza, que les levantó un altar y celosamente vigilaba que estos talentos no llegaran a falsearse por medio de "educación": su amiga Carolina de Guenderrode parecia una sacerdotisa que, aunque no cuidaba menos el santo fuego del espíritu, ante todo era una exaltada del deber de hacer brotar lo intuido hasta la completa claridad de su consciencia y que nunca dejó de acarrear nueva leña para que la flama se alzara más y más. Con asiduidad se modelaba así misma, buscaba el enaltecimiento de su personalidad por medio de la consagración fervorosa de a artes y las ciencias. También ella vio la suprema meta en un constante acercamiento a Dios, conforme a aquél postulado de Schelling, proclamado en su filosofía naturalista.

Carolina de Guenderrode nació en Karlsruhe, el día 11 de febrero de 1780, hija de Hector Guillermo de Guenderrode, camarero de la corte del margrave de Baden. El padre gozaba de fama entre los eruditos de su época por sus estudios históricos. La bella y talentosa madre componia versos y gustaba de artes y literatura y era discípula de la filosofía de Fichte.

Murió el padre cuando Carolina tenia apenas seis años y la madre se fue a vivir, con sus seis hijos, a la estética corte de la princesa heredera Augusta de Hessen-Cassel, una hermana de Federico Guillermo III, rey de Francia.

La Guenderrode—así se le acostumbraba llamar para no confundirla con Carolina de Schelling—no puede contarnos nada de risueñas reminiscencias de los días de su niñez. Parece que su juventud fue triste y gris entre tantos personajes de alta alcurnia y buena educación y que su pequeña mente abarrotada de problemas graves y difíciles conceptos que aun no podía comprender, fue expulsada prematuramente del paraíso infantil. Así se explica que Carolina se extralimitara un poco en la gravedad con que aceptaba la vida.

La pensión de su madre no era sino muy pequeña y la familia vivía en constante penuria. Esta circunstancia explica por qué Carolina, cuando apenas tenía 17 años, aceptó gustosa la oportunidad de entrar a la Fundación de la familia de Cronstetten-Hynsperg, para señoritas, en Frankfort del Main. Era un instituto, fundado con el único objeto de ofrecer un hogar decente a miembros indigentes de la nobleza, sin fines religiosos y sin estatutos rígidos. No pedía más Carolina, porque poco interés le despertaba la vida exterior; prefería quedarse sola con sus pensamientos y modelar su carácter. Su diversión predilecta, eran el teatro y los conciertos y también tomaba parte en las reuniones de la alta sociedad de la patriarcal Ciudad Libre de Frankfort, donde su compañía era siempre muy solicitada. Sus muchas amistades le daban la oportunidad de viajar con frecuencia, yéndose a Wuerzburg, Heidelberg y a los pintorescos lugares del Rin. En 1801 conoció a Bettina de Arnim, con la que pronto la unió una sincera amistad que duró hasta su prematura muerte en el año de 1806. Bettina venía frecuentemente a Frankfort, donde se había arreglado una habitación en la misma casa de la Fundación, al lado de los cuartos de Carolina, para poder estar con ella por semanas enteras. Aun muy joven, se enamoró de ella Carlos Federico de Savigny, el gran jurista que más tarde se hizo famoso como fundador de la escuela histórica de la jurisprudencia. Pero este primer amor se transformó en sincera amistad cuando Savigny casó con Gundel Brentano, la hermana de Bettina.

La filosofía del romanticismo echó hondos raíces en el alma de la Guenderrode. Se deleitaba con la idea de su redención y la vida entera no tenía para ella otra justificación que la del enaltecimiento de sí misma por medio de un continuo caminar hacia arriba. Trataba afanosamente de realizar en sí los postulados románticos que exigían que todo arte y todo saber sólo sirvieran para buscar el perfeccionamiento de la personalidad, a fin de que ésta pudiera acercarse más y más a su meta; Dios. Podía aplicarse a ella el hermoso pensamiento que el genio de Goethe dedicó a la muerte de su amigo Schiller:

"Detrás de él, en brumosas lontananzas
Quedó lo que nos envilece, lo vulgar!"

Si hemos de creer a Bettina, el porte exterior de Carolina debe haber reflejado su noble alma. En una carta de Bettina a su hermano Clemens, exclama:

"Arnim (su esposo) tiene realmente el aspecto de un rey, y la Guenderrode también!"

Y a la madre de Goethe, escribe:

"Tenía facciones dulces y plácidas, como una blondina. Tenía el cabello color castaño, pero ojos azules, cubiertos de largas pestañas; al reírse, no lo hacía en voz alta, sino más bien era un suave arrullar sereno a media voz, que, sin embargo, expresaba vigorosamente su alegría y su contento. Su modo de caminar tenía cierto aire de distinción que me es difícil de explicar. Su vestido era un traje estilo Imperio, cuyos pliegues la acariciaban armoniosamente; era el resultado de sus movimientos siempre suaves. Su estatura era alta y esbelta. Su modo de darse era un tanto quieto, pero cariñoso y tan falto de atrevimiento, que nunca llegaba a llamar la atención en la sociedad. Cierta día, comía en casa del Príncipe-Primas en compañía de las damas de la Fundación; vestía el hábito de la Orden, con cola larga y cuello largo con la Cruz; alguien comentaba sus modales, diciendo: que entre tantas damas más bien daba la impresión de un sér irreal, como si fuera un espíritu que pronto tendría que desvanecerse en el aire."

Su sencillez, rodeada de cierta timidez, era el arma con que se defendía de las ofensas del mundo exterior. Bettina comentaba esta característica de Carolina en una carta, dirigida a la madre de Goethe:

"Fue tan sencilla y tímida. ¡Una joven dama de la Fundación que tenía miedo de decir la oración de sobremesa a voz alta; muchas veces me dijo que sentía cierto miedo cuando le llegaba su turno!"

Bettina, la joven filósofa, pronto comprende que la amiga, que puede arder en entusiasmo por una idea noble, tiene que ser tímida y reservada en el trato con otros, como alguien que ve las cosas a medio sueño, porque todo lo feo con que tropieza en la vida diaria, la ofende y la molesta en su afán de elevar su alma, con infinita paciencia, hacia lo espiritual. En las cartas de Bettina encontramos este párrafo:

"En compañía de otros, todo tu ser se vuelve cogitabundo y Yo sé por qué. Bien despierta no podrías quedarte entre ellos, tan condescendiente que eres; no, con seguridad, te hubieran espantado; si estuvieras todo atención, sus horribles gestos te hubieran hecho huir."

La melancolía que tan a menudo oscurece la mente de Carolina, tiene su origen en la lucha de esta alma heroica con sus grandes exigencias hacia el propio "Yo", contra todo lo malo del mundo exterior.

"Si no puedo ser todo lo heroica, por lo menos quiero llenar mi alma con ese mismo heroísmo y alimentar mi espíritu con esa energía de la vida cuya ausencia siento con harta congoja y que, más bien, es la causa de toda mi melancolía."

Vienen momentos en que pesa sobre ella la distancia que la separa de otras muchachas de sus círculos y la agobia el aislamiento que ella misma se ha creado y que la separa como un muro de la vida de las otras. Pero después de estos pensamientos sombríos, recobra su fuerza y su orgullo y una férrea voluntad de seguir recorriendo el camino hacia la introspección y la purificación de su alma. No son los acontecimientos de la vida real los que representan valores, sólo piensa en

"Perfeccionarse—reconocerse—esto sea mi único gozo! No llega a nada el que no llega a Dios!"

Con estos propósitos, Carolina vive en un constante anhelo de educarse; se dedica a estudios matemáticos y de las ciencias naturales; lee escritores ingleses y franceses, apuntando escrupulosamente los extractos de sus lecturas en pequeños cuadernos. Con entusiasmo lee las "Ideas para una filosofía de la historia humana", de Herder, porque este libro la hace comprender que sólo en el curso de la historia puede mani-

festarse lo divino, y descubre que la aparente futilidad de la vida del simple individuo, que ella nunca ha podido explicarse, encuentra su justificación y su finalidad en la vida de los pueblos. Pero más que las ideas de Herder, la interesan los postulados de la filosofía naturalista de Schelling, que le proporciona la idea medular de su vida, su religión que de otro modo le hubiera hecho falta, porque los dogmas, tanto de la iglesia protestante como de la católica, no le prestan ayuda en su mística lucha por su redención en Dios. El concepto schellingiano de "alma cósmica" da al fin nombre y contenido a su fanática búsqueda y su tendencia hacia Dios, en el sentido de la redención por medio de la consciente captación de todos los acontecimientos anímicos y espirituales. En consecuencia, todo lo que hacía en su vida diaria, era culto en el templo del "alma cósmica". Cuanto significaba para ella Schelling y cómo se lo agradecía, ella lo expresa con estas sencillas palabras:

"Si no hubiera vivido él, yo no sería nada!"

Carolina se dedica también a estudios sobre mitología e historia antigua y se deleita con las obras de la joven literatura alemana, ante todos, de Goethe, el héroe espiritual de todos los románticos, de Jean Paul y Hoelderlin. Su ambición es de pertenecer también a este grupo de próceres, dar también al mundo obras que impriman a su vida el sello de la necesidad y grandeza. En este sentido escribe a Clemens Brentano:

"Siempre viva y pujante está en mí el ansia de desplegar mi vida en una forma duradera."

Sólo una empresa de esta naturaleza le parece adecuada para conducirla al conocimiento del propio "yo". Keyserling expresa en su "Diario de viaje de un filósofo" la misma idea:

"El sendero más corto que nos lleva a nuestro "Yo", es una vuelta al mundo".

Así busca Carolina este camino a través de una obra, un libro.

"Trato de recogerme en la poesía como en un espejo y atravesarme a mí misma para llegar a un mundo superior. Mis poemas no son más que los preparativos. Los grandes personajes de la humanidad me parece que tienen todos la misma finalidad; con ellos quisiera comunicarme, entrar en su comunidad y junta con ellos y bajo su influencia, recorro el mismo camino."

Los trabajos literarios y los cuentos de Carolina, reflejan la relación del hombre con el Universo. Entre renglones, siempre nos mira el alma de esta joven investigadora que se desvive por la completa unificación con Dios; que cree firmemente en la "perfeccionabilidad" y en la posible redención de toda la naturaleza. Por eso es que sus dramas no son más que arte frío del cerebro, lo que les falta es la fuerza creadora de personajes de carne y hueso. Por la misma razón, sus primeras poesías carecen de realidad y muchas de ellas son nada más imitaciones de los poemas grecizantes de Schiller. Pero más que Schiller, la atrae el lenguaje patético del Ossian. Todo lo que de heroico duarme en su alma, lo siente resonar cuando devora estos mitos de los héroes nórdicos. En estas odas canta verdadera idealidad, amor heroico y hondos lamentos.

Pero a pesar de la admiración que brinda a los grandes poetas, su propia producción poética no pasa de ser mediocre hasta que conoce a Greuzer y se enamora de él; entonces sí, entre sueños de felicidad, penas y sufrimientos, escribe unas poesías cuya musicalidad, dulzura y amargura, revelan un verdadero talento, sobre todas, sus "Canciones a Adonis" y "Plegaria ante el Santo Protector."

Mano a mano con sus propósitos de seguir el escarpado sendero de su redención, iba desde su juventud la convicción de que una vida con una tendencia tan rígida, no podría ni debería durar mucho. Otra vez es Bettina la que nos ha dejado informes sobre este rasgo del complicado carácter de su amiga:

"Leíamos juntas el Werther y hablábamos mucho sobre el suicidio; la Guenderode dijo: 'aprender mucho, mucho, abarcar mucho con el espíritu y luego, morir joven; no aguantaría que me abandonara la juventud;'"

Carolina misma trata de este tema en sus "Cartas de dos amigas":

"Felices aquellos a quienes es concedida la dicha de morir en la flor del gozo; que les es permitido levantarse del banquete de la vida, antes de que se opaquen las velas y deje de chispar el vino."

Si por un lado, siempre estaba dispuesta a recibir "lo dignísimo" e incesantemente se esforzaba en realizar "lo sublime", por el otro lado sabía que podía y debía poner fin a su vida tan pronto que no hubiera ya ningún "más adelante" en su camino. Un retroceder no era posible si quería quedar fiel a sí misma, no podía haber capitulación. Llegado el momento, sólo la muerte voluntaria podría cerrar con el sello de un orgulloso "Si", una vida como la suya, vivida únicamente desde adentro. Donde se le negaba un "todo", allí no había más alternativa que un "nada". Ella, que era exigente en cuanto a sí misma, se sentía defraudada por una vida que tan poco sabía apagar su sed por lo grande y lo bello. La poesía tenía para ella nada más el significado de "bálsamo para lo insatisfacible". Cuando todavía era muy joven, ya declaraba a Bettina:

"Me alegro que todavía quede algún espacio fuera de esta miserable historia del día y del mundo, donde el alma pueda satisfacer su deseo de ser algo."

Para Carolina la muerte no significa el fin de sus aspiraciones espirituales, ella tiene la seguridad de que también después de la muerte física, el alma será capaz de seguir acercándose a su perfeccionamiento, para que, quien sabe cuando, quien sabe donde, llegue a su última meta: Dios. Estos pensamientos de lobreguez y de muerte con que juega Carolina, se semejan mucho a las ideas que Novalis expresa en sus "Himnos a la Noche." Ambos se atreven a querer borrar los límites entre lo finito y lo infinito y ambos realizan sus ideas, parcialmente, durante su vida. Después de la muerte de su novia, Sofía de Kuehn, Novalis causaba a sus amigos, muchas veces la impresión de un extraño sobre esta tierra realista, y la Guenderode, durante toda su vida se conducía en este mundo pecador, como un ser celestial, "serena con los alegres", como escribe Achim von Arnim cuando recibe la noticia de la muerte de Carolina, "pero sola entre todos."

Nacimiento y muerte son, en la filosofía de Carolina, sólo dos fases que cada ser humano tiene que recorrer en el curso de su larga peregrinación. La verdadera vida no termina con la muerte terrestre, porque ella siente:

"Formo parte de una gran energía espiritual de la vida, ¿cómo podría morir si yo misma soy la vida?"

Es el mismo lenguaje de que hablan los versos de Novalis:

"Siento de la muerte
Su torrente rejuvenecedor;
Transfórmase mi sangre
En bálsamo y éter."

Pero para Carolina no había tocado todavía la hora de la muerte. Su vida, que hasta entonces se asemejaba al tipo de una existencia ideal y que ella intencionalmente modelaba como "un retraimiento ante todo lo impuro, lo inconveniente y lo antiespiritual, tenía que ser sacudido hasta sus cimientos por un gran amor para que se cumpliera, por medio del amado, su anhelo de plenitud. Después de quedar purificada por el paroxismo de bienaventuranza, pena y sufrimientos, marchó la orgullosa Guenderrode, impávida, de humillación a humillación, hasta su rendición definitiva.

¿Y, quién fue el amado? Federico Creuzer, profesor de historia antigua, quien desde hacía poco tenía una cátedra en la Universidad de Heidelberg, cuando fue presentado a Carolina, en agosto de 1804. Era un hombre de cara fea, como nos lo revelan las facciones del grabado que guarda la biblioteca de la Universidad de Heidelberg: la cara excesivamente larga, huesuda y flaca, el mentón agudo y saliente y la frente baja. Sólo los ojos son grandes y expresivos. Bettina da su comentario sobre él en una carta a la "Dama Maya", la madre de Goethe:

"Feísimo como era, me es imcomprensible cómo podía interesar a una mujer!"

Pero Creuzer tenía el don de un brillante talento retórico que le daba gran prestigio entre los estudiantes. Hasta el hijo del viejo Juan Enrique Voss, un decidido adversario del romanticismo, tenía que admitir:

"Creuzer es de una gracia irresistible cuando se le escucha hablando con el fuego de su fanatismo científico."

A este espíritu superior ama Carolina; él es un gran investigador de la historia y mitología de la antigüedad y un exaltado al mismo tiempo; a él puede levantar ella la mirada en admiración; él le demuestra comprensión para sus trabajos y la hace participar en sus proyectos y especulaciones. En una carta, Creuzer la informa sobre el plan de su obra monumental que llamará: "Simbolismo y Mitología de los Pueblos de la Antigüedad":

"Voy a analizar los antiquísimos mitos del culto de Dionisio y de la muy importante deidad Pan, que cantó una canción eterna de la que Pitágoras y los sabios antiquísimos conservaban aun restos... Frecuentemente dirijo mis plegarias a la gran Madre Naturaleza, pidiéndole que me conceda buena suerte en mis investigaciones que tienden a saber qué era lo que nuestros gloriosos antepasados conocían de ella y qué han representado en símbolos, y todo lo cual ha quedado en el misterio para nosotros, los indignos de la posteridad."

Este lenguaje hizo vibrar cuerdas concordes en el corazón de la Guenderrode, porque expresaba los mismos sentimientos religiosos que ella profesaba. No le costó esfuerzo alguno aceptar los fervidos juramentos de amor que insistentemente le dirigía Creuzer. En octubre ya escribe Carolina:

"que quiere pertenecer a él más que a todos los otros".

El amor la hace crecer encima de los límites de su temperamento apasible. La que hasta entonces había sido tímida y retraída, se enfrenta valerosamente al modo de sentir de su clase social con respecto a decencia y conveniencia, cuando trata de defender su amor al hombre que ya está casado con otra mujer. No hay barreras ya para ella, ya no razones de prudencia; si es preciso, quiere ir con su amado a Rusia, para comenzar allí una nueva vida en circunstancias de absoluta libertad, donde pueda echar raíces su amor.

Pero, Creuzer retrocede! El hombre que en su ciencia es un exaltado, un fanático, en la vida burguesa hace el papel de un vulgar timorato que no se atreve a arriesgar su posición segura y sosegada para cambiarla por un porvenir incierto. Le falta la energía para pedir su divorcio a una mujer que le gana 13 años en edad, pero que le garantiza su bienestar burgués y que sabe ahuyentarle las pequeñas incomodidades de la vida diaria.

Más tarde se ha dicho que Creuzer no hubiera sido digno del amor de la Guenderrode. Digno o indigno, esta cuestión no hace justicia al hecho del heroico amor de ella. Bettina le había dicho muchas veces, que según su modo de sentir, cada quien sólo podía ser fiel a sí mismo; y así lo hizo Carolina: seguía firmemente sus propias leyes. En este trance, se ele-

vó a la altura del verdadero heroísmo que antes en vano había buscado en su alma. El amado es interceptor ante Dios, ante el propio "Yo".

Para salvar todos los obstáculos, la Guenderrode propone que los dos busquen cualquier existencia modesta dentro de la sociedad burguesa y llega a conformarse con los planes más humildes. Pero el amado contesta siempre con evasivas. Finalmente, la debilidad de su carácter se vale del trivial recurso de una enfermedad y alenado por los buenos consejos de sus amigos, escribe la carta de despedida a la que con ansia esperaba sus noticias.

Es seguro que la Guenderrode no recibió impreparada este golpe. Desde tiempo atrás presentía que el desenlace sería adverso a ella y con la firmeza que siempre la caracterizó, se daba cuenta de la imposibilidad de retroceder sobre un camino que la había llevado a un estado de intensa concentración de sus energías vitales. Si la vida no quería concederle el cumplimiento de sus más caros anhelos, no le quedaba otro recurso que dar otro paso adelante sobre su camino, pasando por la puerta de la muerte que la acercaría a la redención. El hombre de su amor no era causa de su muerte voluntaria, sino que en su muerte, su mente ya había volado muy encima de la inferioridad de él.

Varios meses antes de su muerte, Carolina cuenta a su amiga Bettina un extraño caso de sentimiento que ha experimentado:

"¡Imagínate! Hace tres noches que se me apareció esa hermana que hace tres semanas murió física; estaba yo acostada y la mariposa ardía sobre aquella mesa; ella entró vestida de blanco, muy despacio, y quedó parada al lado de la mesa; volteó la cabeza hacia mí, luego la inclinó y en seguida se me quedó mirando. Al principio, el miedo se apoderó de mí, pero pronto me tranquilicé; me senté en la cama para convencerme de que no estaba dormida. También yo me la quedaba mirando con firmeza y me parecía que, con un movimiento de su cabeza quisiera confirmar algo que yo había dicho. Luego agarró la daga aquella y la levantó en alto con la mano derecha, como si quisiera enseñarmela. Después volvió a colocarla en su lugar, despacio y sin ruido. En seguida, levantó también la luz y me la enseñó, y, como si quisiera afirmarme que yo la había entendido;

inclinó la cabeza suavemente, se llevó la mariposa cerca de los labios y la apagó. ¡Imágnate!"; me dijo Carolina estremeciéndose, "apagada!"

Parece que esta visión fue un mensaje de aquellas regiones cuyas puertas nos quedan, de ordinario, cerradas, y una invitación a realizar lo que como un deseo inconsciente ya palpitaba en su sangre. Pocos días después de esta escena, Carolina cuenta a Bettina que ha pedido a un joven cirujano que le enseñe el lugar exacto donde hay que aplicar la daga para no errar el corazón. Bettina se deshace en lágrimas y pregunta desesperada qué sería entonces de ella, su inseparable amiga, pero Carolina ya tiene la contestación preparada:

"Oh, hasta entonces yo ya no te importaré nada, mucho antes quedarán rotos los lazos de nuestra amistad; voy a tener cuidado de que nos distanciamos antes."

Durante el invierno de 1805, Creuzer visita la ciudad de Marburgo y allí conoce a la familia de Savigny en cuya casa también se encuentra Bettina. No es sino hasta entonces que Bettina se informa por primera vez de las relaciones entre Carolina y Creuzer. En un arranque de celos, ella trata a Creuzer con mucha dureza.

"¡Quítese de mi camino!"

le grita cuando se encuentran de improviso sobre la misma vereda del jardín. La consecuencia es que Creuzer pide a Carolina que rompa con Bettina. Ella consiente y sacrifica su amistad sobre el altar de su amor, un sacrificio que queda justificado como el cumplimiento de su promesa

"de distanciarse antes con ella."

Carolina está de visita en la casa de unos amigos en el pueblito de Winkel sobre el Rhin, cuando recibe la carta de despedida de Creuzer. Sin inmutarse, con la calma acostumbrada en ella, se encamina despacio hacia el río. La mañana siguiente encuentran,

"bajo los sauces, donde la orilla está más baja",

su cuerpo inanimado con la daga en el corazón.

Voluntariamente se despidió la Guenderrode de la vida que no supo satisfacer sus anhelos de perfeccionamiento, pero con el corazón lleno de la convicción de que no moriría, porque ella misma formaba parte de esa energía que se llama vida y que lentamente se madura hacia la redención.

IV.

Carolina de Schelling.

La tercera de las mujeres románticas que forman el tema de este pequeño estudio, es Carolina de Schelling, tal vez la menos romántica, pero seguramente la más interesante y la más ponderada. Pocas veces nos encontramos en la historia de la literatura con una figura de tal altos relieves que en su vida exterior haya tenido que hacer frente a una cadena tan ininterrumpida de adversidades. Un carácter menos firme y menos luchador, hubiera sucumbido ante tanto infortunio y tan bruscos cambios del destino, y hubiera abandonado la lucha por los ideales de su juventud. Pero esta mujer supo imponerse a todos los golpes y desviar su efecto hasta que, bajo su voluntad consciente, logró transformarlos en instrumentos para forjar su personalidad y realizar los postulados de su filosofía. Nunca dejó que los agravios que tuvo que sufrir, la arrastraran a innobles sentimientos de mordacidad, porque sabía que la amargura significaría, en el fondo, su muerte espiritual. Así logró realizar lo que Federico Schlegel había llamado:

"el arte de todos los artes, el arte de vivir."

Es muy de sentirse que Carolina no llevara a cabo su propósito de escribir "la novela autobiografiada" de su vida, que había comenzado y de la que solamente nos quedan algunos fragmentos, porque nos hubiera demostrado la verdad del aserto de los románticos que también un diario puede ser una obra perfecta.. No le faltaban las ideas ni el es-

tilo elegante y conciso de una verdadera escritora, pero cierta timidez le impedía escribir para el público anónimo. Solía motivar esta extraña aversión con su temor de perder algo de su feminidad. Su medio adecuado para expresar sus ideas, lo era la carta íntima, y afortunadamente nos ha quedado una gran parte de su vastísima correspondencia que nos permite penetrar más profundamente en su modo de pensar, que tal vez muchos libros.

Si es Bettina el tipo de la mujer cuya mentalidad se mueve dentro de cierto ambiente claroscuro, es decir, cuya fuerza imaginativa le brota de lo inconsciente, aunque nunca alcanza el anhelado equilibrio perfecto de sí misma; y si la Guenderrode representa el tipo que se esfuerza, ya con más éxito, a subordinar las fuerzas de lo inconsciente a los ordenamientos de su conciencia, Carolina, en fin, logra definitivamente edificar su vida sobre los sólidos cimientos de su propio centro y modelar una personalidad de armonía perfecta. Pueden aplicarse a ella las palabras que la entusiasta Bettina dirige a su ídolo Goethe:

"¡En realidad tu eres el forjador de tu dicha, porque formas con golpes atrevidos y vigorosos tu propio destino: sea lo que fuere, todo tiene que rendirse ante ti y modelarse hasta caber en el marco que exige tu buena suerte; el dolor que en otros sería motivo para quejas y claudicaciones, para ti sólo es acicate de tus ímpetus."

Carolina nos da una prueba de igual actitud heroica en una carta que desde Marburgo dirige a su amigo Federico Luis Meyer, poeta y bibliotecario en Gotinga, en una época en que su vida le parece más desgraciada.

"que la de miles de otros seres humanos"; "Desafiando dioses y hombres, quiero ser feliz; no quiero ceñer ni un paso ante mis impulsos de amargura que me asedian, sólo quiero sentir en mí mi poder sobre ella. Si lo logro, tal vez atraparé mi cándido corazón sobre un dulce sentimiento de agradecimiento hacia los malignos espíritus que me dieron el motivo de mi triunfo."

Claramente se manifiesta el dominio que posee sobre su destino. Se ha impuesto como ley suprema la de ser feliz en esta vida terrestre, porque solamente animada de serena felicidad, puede conducir su "Yo" hacia la integración completa.

Cuando todavía es una joven de pocos años y todavía piensa bajo la influencia del "ambiente sentimental", ya escribe a su inseparable amiga Luisa Stieler:

"Nunca podré estar totalmente desgraciada, porque tu eres mi amiga."

Y realmente, esta amiga le ha sido fiel hasta su muerte y ha sido su confesor y su sostén en los trances más difíciles de su vida.

Carolina nace el día 2 de septiembre de 1763 en Gotinga como hija del famoso orientalista J. David Michaelis. Los años de su juventud transcurren al amparo del ameno ambiente de los círculos científicos y literarios de la vieja ciudad universitaria, cuya influencia despierta ya en la joven un vivo interés en todas las nobles cosas del espíritu. Toma activamente parte en la vida social; traba amistades que le durarán toda la vida y, de vez en cuando, pierde su corazón, aunque, sin encontrar al hombre que supiera despertar en ella un verdadero amor pasional. Su hermano mayor le es todavía "lo más caro en este mundo".

A la edad de 21 años se casa con el joven médico Boehmer, hijo de un distinguido abogado del foro gotinguense. Lo que Carolina piensa de este matrimonio, nos lo dice en una carta que escribe a una de sus amigas:

"Mon frère me donnera a l'homme au quel il m'avoit destinée dès mon enfance, son meilleur ami, qui m'aimoit dès ce temps là. Je remplis par ce mariage les vœux de ma famille, de mes amis, et les siens, et mon propre cœur fut longtemps d'accord avec eux... J'épouse un homme aimable, et aimé, d'un caractère comme il y en a pas beaucoup."

Boehmer es cirujano en Clausthal, un miserable pueblo minero, perdido en las soledades de la Selva Hercinia. Es difícil para Carolina acostumbrarse a la vida de su hogar retirado, donde no hay con quien hablar sobre lo que hasta ahora le ha sido caro, y donde los sombríos pinabetes le causan melancolía. Pero en este ambiente hostil, donde muchos tal vez hubieran abandonado la lucha, Carolina comienza a meditar sobre sí misma y echar, con consciente energía, los cimientos de su propia vida. Desde luego proceda con mucho rigor ante su propia consciencia, estableciéndose la ley que,

en lo futuro, debe considerar todo mal humor como un defecto de su carácter. Su orgullo exige que siempre debe ser capaz de imponerse a cualesquiera circunstancias adversas y de aprender el supremo arte de dominarse. Sabe que ella misma es la creadora de su dicha.

Así logra recuperar su serenidad y, conscientemente, comienza a sentirse a gusto en su nueva esfera de vida. La selva oscura y silenciosa que al principio oprimía su corazón, ahora despierta su interés y le gusta pasearse en ella. A su hermana pide que le remita de Gotinga muchos libros

"para no perder la costumbre de las cosas nobles".

Pero no solamente libros desea, su hermana tiene que mandarle también vestidos de buen gusto, encajes y otros adornos con que aderezarse, para sí misma, para su esposo y para algún visitante "que valiera la pena" y que por mera casualidad pudiera perderse en su desierto. Pronto, sus hijos ocupan todo su tiempo. Primero le nace una hija a quien rodea con todos los cuidados de una buena madre. Un hijo le nace el año siguiente y muere pronto; pero no así otra hijita que viene al mundo cuando apenas tiene tres años y medio de casada. En sus cartas expresa que cree que, en lo futuro, la única tarea de su vida será la educación de sus hijas.

Con la muerte de su hijito, Carolina paga su primer tributo al destino; el segundo es la muerte de su esposo que le es arrebatado a los cuatro años de su casamiento. Por lo pronto, Carolina se traslada con sus dos hijas a la casa de sus padres a Gotinga. Los dos golpes que ha sufrido, la hacen pensar en su porvenir sin grandes esperanzas. Solamente una cosa le parece segura:

"No sé si jamás lograré alcanzar un estado de perfecta felicidad, pero en cambio, sé que nunca podré estar completamente desdichada... lo que únicamente tiene valor para mí, es lo que me da mi corazón y no admito más que lo que yo misma me preparo."

En Gotinga no puede quedarse mucho tiempo y se resuelve a ir a vivir a Marburgo, a la casa del hermano al que antes le unían lazos de profunda amistad. Pero su hermano ha cambiado: se ha desligado de todo interés literario y se ha vuelto un simple burgués que sólo se preocupa por las comodidades de su hogar. La hermana con sus dos hijas resulta una carga para él. Ca-

rolina sola y desamparada, vuelve la mirada hacia adentro y confía a sus cartas lo que piensa y siente.

"Desde Clausthal, ya no conozco aburrimiento, o mejor dicho, ya no siento ningún vacío en mi corazón."

En el año de 1789 sufre otra desgracia, porque repentinamente muere una de sus hijas. En una carta al bibliotecario Mayer escribe sobre esta nueva pérdida:

"En Diciembre desapareció también mi hijita Teresa, una criatura preciosa y la más querida de mis niñas; ahora no me queda más que una que es el último reducto de mi cariño y el único objeto de mis inquietudes."

Si algunos entre sus contemporáneos que no simpatizaban con Carolina, y que llegaron a llamarla un hetaíra genial, hubieran conocido esta carta, hubieran podido convencerse que siempre fue una madre cariñosísima que se desvivía por el bienestar de sus hijas. Pero sus adversarios no querían comprender que Carolina tenía un corazón verdaderamente grande que rebosaba de cariño y no necesitaba concretarse a un solo objeto; su riqueza era tan inmensa, que se difundía sobre todos los que tuvieron la dicha de tener trato con ella. Su juicio acerca de los deberes de una madre, lo encontramos en una carta en la que se refiere a la "señora Buerger", la tercera mujer del poeta que escribió "Leonore". En esa carta dice Carolina:

"La indignación más profunda se me despierta cuando veo que una mujer es tan poco mujer que reniega del niño, y si yo fuera hombre, no quisiera abrazarla... si yo juzgo de esta manera, se entiende, que no es porque soy intolerante. El alcance de mi cariño es tan grande, que abarca a todo lo que es bello en este mundo."

Hasta entonces, Carolina había demostrado que sabía ajustarse a circunstancias

"que, con un corazón vacío, me hubieran vuelto loca."

Había dado un ejemplo de lo que significa tener la bienaventuranza en el propio corazón y no tener que buscarla fuera.

"Una corriente de la más pura alegría solía envolverme cuando me bañaban los rayos del sol o cuando el viento huracanado sacudía las ventanas o, simplemente, cuando estaba dedicada a mis quehaceres domésticos. No he desaprovechado ninguna hora en que me era permitido sentirme a gusto."

Pero intuitivamente siente que no será digno de ella si sólo sabe ser grande en la resignación:

"Contentarme con la simplicidad de mi existencia, no puede satisfacerme."

Por lo pronto, se ajusta a la estrechez de su vida en Marburgo aunque le parece que es

"lo más heterogéneo posible",

y dice:

"no puedo encontrar el contacto de franco cariño y todo lo que me veo obligado a hacer, por no poder cambiar las cosas, sólo es objeto de mi burla."

El camino que ha de seguir, lo tiene bien trazado:

" tan pronto que logre yo mi libertad" --afirma.

En estas circunstancias recibe Carolina una invitación de su amiga Teresa Heyne, de Gotinga, que ahora está casada en Maguncia con el famoso escritor Juan Jorge Forster, el amigo de Alejandro de Humboldt y acompañante de Cook durante su viaje alrededor del mundo. Sin titubear un momento, Carolina acepta gustosa sin hacer caso de los buenos consejos y advertencias de su familia y amigos. En Maguncia, la espera por lo menos una vida un poco más agitada que le servirá para olvidar las preocupaciones diarias de la casa de su hermano. Maguncia, la antiquísima ciudad alemana, ha sido tomada por los ejércitos de la Francia revolucionaria y los franceses tratan ahora de ganarse prosélitos en la margen derecha del Rin.

En su nueva residencia, Carolina se dedica con entusiasmo al estudio de las nuevas teorías. Mientras que por un lado siente repugnancia ante los actos de brutal destrucción de los jacobinos, por el otro tiene que reconocer lo justificado de un movimiento que quiere barrer radicalmente los abusos del abso-

lutismo. Cuando joven, había presenciado en la ciudad de Muenden, los infames negocios que hacía el Landgrave de Hesse, vendiendo sus súbditos a los ingleses, para poder seguir llevando su vida de despilfarros en su residencia Cassel. En una carta de aquellos años, Carolina ha llamado a Su Alteza Serenísima, con hondo desprecio:

"ese cochino de un Landgrave, con todo respeto."

Pero ahora ella y sus amigos se empeñan en juzgar los acontecimientos

"con noble y ponderada imparcialidad que aborrece ~~cordialmente~~ el despotismo aunque no a todos los aristócratas y que trata de no negar tampoco los grandes errores de la revolución."

En Gotinga, sus amigos comienzan a creer que Carolina se ha vuelto partidaria incondicional de los franceses y su viejo amigo Meyer la informa de estos rumores; pero en su contestación, ella le tranquiliza con buen humor:

"El gorrito frigio que quieren calarme, se lo tiro a la cabeza. Nos hemos dado muy buena cuenta de lo que valen estos héroes de la caña de los Brissot."

En el otoño de 1792, los ejércitos de Austria y Prusia ponen sitio a Maguncia. Las condiciones de vida se hacen muy difíciles para Carolina y su hijita y se hace necesario que busquen la manera de salir de la ciudad cuanto antes. En este apuro, Carolina se dirige a Tatter, mentor de los jóvenes príncipes de Hanover, es decir, al único hombre que ama de todo su corazón en Maguncia, pero que nunca ha podido elevarse a la altura espiritual de la mujer que pretende. Ya antes de esta angustiosa súplica, en agosto de 1792, ha escrito sobre este pretendiente:

"Un hombre nacido para ser hermitaño, que se entregó al amor como un niño... que se impone restricciones, de puro miedo a la libertad y que cumple con sus deberes más caros menos que con los supérfluos."

A causa del amor de Tatter, Carolina ha negado su mano a varios otros pretendientes y ahora, dice:

"el único hombre cuya protección he pedido en mi vida, me la ha negado."

Ni una palabra de queja se escapa de su pluma, sólo escribe:

"Se agotó mi paciencia, mi corazón quedó al fin libre... desde enero de 1793, no he vuelto a escribir a Tatter y jamás lo haré."

Con el corazón deshecho y "además, para distraerme", toma Carolina parte en las extravagantes festividades de la sociedad Maguncienne, pero en la primavera de 1793 encuentra una oportunidad de escaparse de la ciudad todavía sitiada. Desgraciadamente, cae en manos de los sitiadores que la llevan, con otros 160 prisioneros, a la fortaleza de Koenigstein y más tarde a la de Kronenberg. Se les considera como "rehenes" y se les trata con suma crueldad.

Aquí, en este estado de profunda humillación, recupera toda la grandeza de su alma.

"Mi salud está muy debilitada, pero créemelo, la serenidad de mi corazón está tan intacta, que hoy, mientras escribo estas líneas, puedo tener el valor de sentirme feliz en un cuarto donde estoy sola y donde hay sillas (desde el 8 de abril no vi más que bancas altas de madera), y en un lugar donde no tengo que ver ya carceleros ni centinelas."

Ya sabe que va a dar a luz un niño que no tendrá padre legítimo. Se ha entregado al amor de un joven oficial francés, en esos meses de completo abandono y desesperación que dominaban en Maguncia asediada. Ahora, en la quietud de su celda, queda convencida de que no debe encadenar su vida a la de este amante, pero no acusa con palabras amargas la crueldad de su suerte, sino que resueltamente toma esta fatalidad como otro poderoso instrumento para forjar su personalidad. Ella, la más tierna de las mujeres, tiene la inteligencia clara como de hombre, que le permite verse a sí misma como en un espejo. Se atreve a aprender de sus propios errores, y así vive segura de la pureza de su corazón y de que, por eso, nunca podrá perderse. Como Bettina, se siente parte de ese espíritu universal que es santo y que pide su redención a través de nuestra naturaleza. Entregada a estas meditaciones, experimenta alivio cuando pasea, por largos ratos, la mirada sobre el campo, a través de su ventana, dejando descansar los ojos,

"como en un espejo que no me refleja desfigurada.."

La enérgica intervención de algunos amigos y, ante todo, de su hermano menor Felipe, consigue al fin que se conceda a Carolina la libertad definitiva; sin embargo, algunas ciudades alemanas, entre ellas su ciudad natal Gotinga, le niegan el derecho de residencia por considerarla de tendencias revolucionarias. La situación de Carolina se ha vuelto, en realidad, desesperante, cuando la ayuda le viene de un lado que ella misma no se había imaginado. Entre los hombres que la aman y que quieren casarse con ella, está desde años, Guillermo de Schlegel, pero todavía en 1789, ella ha rechazado su apasionado amor. Schlegel se encuentra en Amsterdam y desde allí mueve sus influencias para lograr un alivio en la situación insostenible de su amada, y consigue que Carolina pueda ir a vivir al pequeño pueblo de Lucka, cerca de Leipzig. Allí da a luz a un niño muy débil, que muere pocos meses más tarde, por falta de vitalidad.

En estos meses de su más grande humillación, la acompaña Federico Schlegel, el hermano menor de Guillermo. Federico tiene entonces 21 años y vive en Leipzig como estudiante. A pesar de su clara inteligencia, no sabe qué rumbo tomar en este mundo y corre peligro de perderse en el vicio. La llegada de Carolina es para él la salvación. Con sincera admiración levanta la mirada hacia la mujer que, a pesar de su desgracia, sabe rodearse de un ambiente lleno de dulzura y bondad. En los ojos de Federico, Carolina posee "el alma del alma, el amor", del que dice la biblia:

"Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe." (1. Cor. 13, 1) y cuyo símbolo encontraron los románticos en la "flor azul". Pero no admira Federico menos la penetrante inteligencia de Carolina y se ve obligado a reconocerla como superior a la suya. Muy pocos meses bastan para que Federico se sienta

"curado del aburrimiento mundial y del asco ante el porvenir."

Años más tarde, Federico levanta un monumento de admiración y gratitud a Carolina, en su novela "Lucinde", donde dice:

"...a una mujer que fue única y que supo conocerlo por primera vez y hasta la verdadera médula de su ser. El modo de ella de darse,

siempre emanaba toda la majestad y todo el encanto que la naturaleza femenina es capaz de desplegar, toda la divina gracias y todas las travesuras; pero todo resultaba infinitamente delicado, refinado y femenino. Cada una de sus características se esplayaban y se manifestaban libre y enérgicamente, como si solamente existieran para ella. Pero esta mezcla atrevida y riquísima de cualidades tan distintas no formaba un conjunto confuso o sentimental; todo lo animaba y ordenaba una inteligencia superior, un cálido aliento de armonía y amor. Dentro de una misma hora, ella podía imitar un rasgo cómico con la picardía y la gracia de una gran actriz y leer una sublime poesía con la impresionante gravedad de un canto inafectado. Ora quería hacer el papel de gran dama en la sociedad, galanteando y chaceando; ora era toda entusiasmo; ora sabía ayudar con valiosos consejos y con positivo trabajo; sería, modesta y risueña como una madre cariñosa. El más insignificante acontecimiento se transformaba en hermosa fábula, sólo por su manera de contarlo. Sabía rodear todo con sentimiento y festividad; tenía comprensión para todo y todo salía ennoblecido de sus manos creadoras o de sus labios que dulcemente formaban las palabras. No había nada de bello ni nada de grande que hubiera sido demasiado santo o demasiado abstracto, que no hubiera despertado su más apasionado interés. Se daba cuenta de la más ligera indicación y sabía contestar hasta las preguntas no formuladas. No era posible perderse en discursos ante ella; involuntariamente resultaban diálogos, y a la medida con que aumentaba su interés, su hermosísima cara reflejaba una siempre cambiante música de miradas comprensivas y gestos deliciosos."

A tal entusiasta descripción deja llevarse Federico a pesar de que le falta todo talento musical. Para completar este cuadro íntimo del carácter de Carolina, citaremos aquí también lo que dijo Schelling de sus últimos momentos:

"los sonidos de su voz siempre melodiosa, se volvieron música pura."

Y la música la consideraban los románticos como el lenguaje del alma, de manera que su alma ya encontró en vida su redención en Dios.

El día primero de julio de 1796, Carolina se casa con Guillermo de Schlegel y pocos días después llegan a Jena para fijar allí su residencia. Pronto, su hogar se vuelve centro espiritual del grupo de los "Iniciadores del Romanticismo", y Carolina es, a su vez, el centro de este círculo que quiere formar una gran familia, según las palabras de Federico:

"Donde un grupo de artistas se constituyen en familia, allí celebra la humanidad misma sus más sagradas asambleas."

En otra parte del mismo escrito, dice Federico:

"Únicamente alrededor de una mujer cariñosa puede formarse una familia."

Al margen de esta frase encontramos en el manuscrito, de la mano de Novalis, la anotación:

"Carolina Schlegel",

que resulta el más hermoso monumento que este joven poeta ímpoluto erigió a esta mujer única.

En 1798, Federico Schlegel empieza a publicar la revista literaria "El Athenaeum", el órgano de combate del joven movimiento. Naturalmente, Carolina también es invitada a tomar parte activa porque todos consideraran su gusto como el más acertado y el más incorruptible. Ella misma describe este don de juzgar con tino intuitivo una pieza artística o literaria, analizándolo

"como una rara concordancia con lo que acaricia las imágenes más sutiles y más inexplicables de mi fantasía."

Sin embargo, "El Athenaeum" no ha publicado ninguna colaboración de ella. Federico tenía la intención de publicar los pensamientos que Carolina había depositado en sus cartas, pero abandonó la idea, porque

"lo que podría publicarse de sus cartas es tan puro, tan bello y tan dulce, que me temo que parecería como coquetería si quisiera publicarlo desconectado del conjunto y en la forma llamativa de aforismos."

En qué gran estima Federico tenía ese "don de juzgar con tino intuitivo" de Carolina, se desprende de su costumbre de enviar todos sus manuscritos a Carolina y Guillermo,

para su revisión. Los dos los sometían a una severa crítica, eliminando con frecuencia párrafos enteros, "por absurdos."

Con el nombre de Guillermo de Schlegel queda para siempre conectada la fama del genial traductor de los dramas de Shakespeare a la lengua alemana. De 1797 hasta 1801, Schlegel publicó 8 tomos con 16 dramas, pero después de su separación de Carolina, sólo pudo dar a la prensa una obra más, "Ricardo III." Este hecho ya por sí solo comprueba que Carolina fue la más activa colaboradora e inspiradora espiritual en esta enorme obra, pero además tenemos hoy otra prueba infalible en los borradores y trabajos preliminares que se conservan. Días y noches enteros trabajó Carolina con su esposo en las traducciones y muchas veces, las soluciones que ella proponía, dieron la clave para los problemas que presentaban las dificultades del lenguaje. El conceptuoso trabajo de Guillermo sobre el drama "Romeo y Julieta", se debe a la honda comprensión que Carolina tenía del alma femenina; Schlegel mismo menciona su nombre como el de su co-autora. En una carta sobre Julieta escribe a su esposo, como si quisiera dar una explicación de su propio modo de ser, por- que dice:

"¡No condene a Julieta por haberse dejado ganar tan fácilmente! Ella no sabe de otra inocencia que la de seguir candorosamente el poderoso instinto de su alma... el monólogo de ella, a mí me parece un rasgo de Shakespeare que resulta intachable y genial."

Desgraciadamente, los dos hermanos Schlegel tenían en su carácter el mismo defecto: carecían de la firmeza y constancia que debían haber corrido parejas con sus ideales. Además, Guillermo mostraba de vez en cuando una indiferencia y frialdad del corazón que tenía que lastimar la sutil sensibilidad de Carolina, pero ella siempre trataba de pasarla por alto para no matar en sí la sincera gratitud hacia él que le había brindado su decidida ayuda en las horas más difíciles de su vida. Mas era inevitable que de manera insensible se iniciara cierto distanciamiento entre los dos caracteres que diferían en lo más íntimo de sus almas, y Carolina tuvo que confesarse que no había seguido exclusivamente los consejos de su corazón al casarse con Guillermo, sino que había cedido a su propia debilidad y a las súplicas de su familia. En una época del más profundo dolor, toca Carolina este tema, en una carta a su esposo:

"No debías rehuir de escribirme una vez desde lo más íntimo de tu corazón; porque, ¿verdad? tu también reconoces que existen sentimientos, aunque quisieras burlarte de este necio apasionamiento!"

En 1798, Federico Guillermo de Schelling llega a Jena como profesor de Filosofía, y desde luego entra al círculo de los románticos. Schelling es un hombre sin los defectos de un carácter complicado, de personalidad robusta y sencilla, que acepta gustoso su propio modo de ser con todas sus virtudes y todas sus debilidades. A los pocos meses de conocerlo, Carolina pronuncia su fallo sobre él, en una carta a Federico Schlegel, con estas palabras:

"¡Créamelo, amigo mío, él es una personalidad mucho más interesante de lo que Ud. quiere admitir, un verdadero carácter impetuoso! Si tuviera que compararlo con algún mineral, diría que es granito."

Con la llegada de Schelling a Jena, empieza a desarrollarse un drama que produce conflictos casi sobrehumanos en el corazón de Carolina y que, al fin, halla su desenlace con su divorcio de Schlegel y su matrimonio con Schelling, quien tiene doce años de edad menos que ella.

Repentinamente, el día 12 de julio de 1800, Carolina pierde a su queridísima hija Augusta, mientras se encuentra con su esposo enferma en un balneario. Este nuevo golpe del destino la hace sufrir un síncope y su estado de salud hace temer por su vida, pero su fuerte constitución . la ayuda a aliviarse poco a poco. Aun convalesciente, quiere visitar, de paso durante su viaje de regreso a Jena, a una amiga y le escribe:

"Prepárate a ti y a tus niños para poder aguantarme cuando me vean; estoy más bien muerta que viva y camino sobre esta tierra como una sombra."

Varios años más tarde le viene el recuerdo de un sueño que ha tenido en aquellos meses de indecibles sufrimientos. Ha visto a su difunto amigo Huber en el cielo y le ha dicho:

"Me parece que yo tengo más derecho de estar aquí en el cielo que Ud."

Luego continúa la carta:

"En aquel sueño no pensaba en otra cosa que en mi Augusta y la veía como siempre la tengo presente ante mis ojos internos."

La dulce tristeza y honda poesía de estas palabras, nos trae el recuerdo de los versos de Novallis. ¿No ha tras-pasado ya Carolina también los confines de aquel otro mundo? Pero a través de las heridas de su alma, ella encuentra nuevamente el camino hacia esa "alma universal" de que habla Schelling, diciendo:

"Si bien las nubes de mi infortunio revolotean de vez en cuando alrededor de mi cabeza, pronto siento mi mente despejada y bañada en el inmaculado azul del cielo que está encima de nosotros y que encierra a mi hija como a mí. ¡La omnipresencia—ella es la Divinidad! ¿Y no crees tú que llegaremos a ser omnipresentes?"

Lentamente, y ayudada por su gran fuerza de ánimo y su valor, Carolina vuelve a encontrar el sendero que ha de retornarla al mundo. Su esposo, Guillermo Schlegel, ha aceptado una cátedra de literatura en la Universidad de Berlín y se ha trasladado en 1801 a la capital de Prusia. Mientras que allí da sus famosas conferencias sobre arte y literatura, Carolina regresa sola a la desierta casa en Jena y le escribe:

"Me siento serena después de haber pasado aquí los primeros días, y en cuanto al futuro, confío tranquila en tu amistad y en la sigilosa vigorosidad de mis buenos sentimientos. Estas dos, no lo dudo, volverán a edificar algo, una chozita entre las ruinas de las glorias desaparecidas. ¡Oh, amigo mío! Cuántas veces que construí, tantas veces tuve que derribar! Estas son ahora las últimas ramas del sauce que llora, las que entretejo sobre mi cabeza para aguardar, en su sombra, el crepúsculo."

Pero con el dolor, madura en ella también la consciencia de que en su propia alma bondadosa está la fuente de su alivio. De boca de unos amigos llega a saber que Homero ha dicho estas palabras:

"Los corazones de los buenos tienen cura."

Carolina comenta este pensamiento en una de sus cartas:

"Nunca hallé estas palabras en los libros de Homero, pero sí, en mi propio corazón."

Y para este corazón grande y bondadoso se acercan ya nuevas luchas que lo hacen estremecerse hasta lo más hondo. Por encima del propio dolor por la muerte de su hija, le toca ahora en suerte de reanimar a su amigo Schelling y salvarlo del estado de completa desesperación en que le ha sumido la muerte de Augusta, la niña mimada de todos los románticos. Durante sus últimos días, la pequeña enferma ha quedado al cuidado de Schelling y ahora se le acusa públicamente de haber causado su muerte, debido a su negligencia. A pesar de que el mismo Schlegel publica bajo su firma un artículo en el que rechaza todos los cargos y repara su honor, Schelling ha perdido toda su fe en la vida y hasta en el amor a Carolina. Sus amigos comienzan a temer que su desesperación le lleve al suicidio. En estos momentos dramáticos, Carolina crece más allá de sí misma y alcanza la grandiosidad de una verdadera heroína. Con toda franqueza confiesa su amor, a pesar de que Schelling, en su desesperación, también quiere dudar de ella. Pero Carolina se eleva por encima y fuera de las dudas de él, escribiéndole:

"Tu me amas, aunque la violencia del dolor que corre tu corazón, quisiera producirte la ilusión de un odio con qué despedazarme. Estoy convencida, tu me amas porque yo lo valgo, y todo este universo, o es una bagatela, o nosotros dos nos hemos ganado para toda la eternidad."

Y cuando Schelling llega a dudar hasta de su fidelidad, Carolina encuentra estas maravillosas palabras que pueden equipararse con la defensa que hizo de Julieta:

"¡No te burles de mí, oh mi amado! He nacido para la fidelidad y hubiera sido fiel durante toda mi vida, sólo que los dioses lo hubieran querido. Sin hablar de este instinto de independencia que me es innato, siempre me ha costado inmensas luchas para volverme infiel, si uno quiere llamarlo así, porque dentro de mi alma nunca lo he sido. Justamente, el haber sido siempre consciente en mí esta fidelidad innata, me ha hecho mala muchas veces, porque me permitía ser atrevida; yo conocía el indestructible equilibrio de mi corazón. ¿Hubiera podido salvarme de la perdición, en mi vida llena de peligros, otra cosa que esto, lo más sagrado? Si yo me hubiera preparado desespe-

ración en la desesperación de los que yo amaba, entonces sí, el dolor me hubiera hecho desesperar de veras, pero no así mi consciencia: nunca podría yo exclamar como Jacobi: "¡No fies de tu corazón!" Tendría que fiarme de mi corazón hasta más allá de peligro y muerte, aun si realmente me hubiera llevado a peligro y muerte. Esto es mi saber más íntimo: que puedo tener esta seguridad por segura y si ella podría ser rota en mí, inmediatamente me tendría que sobrevenir el aniquilamiento, porque esto no es una doctrina que puede ser enseñada, aunque me supongo que es como una iglesia invisible. Tu ves que tomo la fidelidad muy en serio, pero, naturalmente, no sólo para evadir tus reproches; al contrario, porque me llega a la médula de mi sér."

Guillermo Schlegel sigue radicado en Berlín y no hace esfuerzos para volver a encontrar el camino hacia el corazón de Carolina. Sus conferencias sobre artes y letras, le han hecho famoso y vanidoso: tiene una posición envidiable en la corte y en la alta sociedad y cultiva íntimas relaciones con la diva Unzelmann y con Sofía Bernardi, la hermana de Tieck. Todavía en 1802, Carolina le escribe cartas que reflejan una sincera amistad, pero en mayo de 1803, después de su viaje a Berlín, los dos convienen en disolver su matrimonio de común acuerdo. En junio del mismo año, Carolina casa con Schelling en Wuerzburgo, donde él tiene una cátedra de filosofía. Años después, se trasladan a la Universidad de Munich.

Después de tantas peripecias, Carolina ha encontrado al fin, al esposo con quien congenia y armoniza en todos sus dones del alma y del intelecto. Después de muchos años de desasosiego y correrías sin rumbo, ha logrado formar un verdadero hogar en cuya paz pueden desplegarse, ya sin trabas, sus riquísimas facultades. Y así la vemos, en los años hasta su muerte, dedicarse con entusiasmo a toda clase de estudios científicos, alentando y ayudando a su esposo en sus trabajos filosóficos. Pero sus cartas expresan siempre de nuevo que la satisfacción más grande es para ella, ver cómo, a su lado, su compañero vive tranquilo y ecuánime, sin "esa amargura que no le es adecuada."

El día 9 de septiembre de 1809, muere Carolina repentinamente, durante un viaje que emprendió con su esposo, en Maulbrunn sobre el Ruhr, víctima de la misma enfermedad que, 9 años antes, le había arre-

batado a su hija Augusta. Muere serena y sin darse cuenta de que ha llegado su hora suprema, dejando a Schelling inconsolada y perplejo ante la desaparición de su idolatrable compañera. El ha perdido, según el lenguaje de los románticos,

"su verdadero interceptor ante Dios".

Con la muerte de Carolina, termina para Schelling el período de sus grandes obras filosóficas.

En las cartas que Schelling dirige al hermano de Carolina, Felipe, y a sus amigas, no se cansa de traer a la memoria la imagen de la amada desaparecida, y las palabras que encuentra, nos dan testimonio de que fue Carolina una de las personalidades más extraordinarias, que, sin dejarse desviar por desgracias ni dichas, logró aproximarse a la última perfección de la existencia humana. Así leemos en esas cartas:

"A todos parecía ya transfigurada y ahora, después de su muerte, nos es como la visión de un ser divino."

Varios meses más tarde, Schelling escribe a Felipe:

"Cuanto más distante se halla Carolina de mí, tanto más siento su pérdida. Fue ella un ser singular y único, era preciso amarla con toda el alma o no amarla. Este poder de dar al centro del corazón se le quedó hasta el fin. Si no hubiera sido para mí lo que fue, sentiría que llorarla simplemente como hombre, sentir tristeza porque ya no existe esta obra maestra de los dioses, esta extraordinaria mujer de una grandeza masculina de alma, de la inteligencia más aguda, y con la ternura más femenina del corazón, más dulce y más cariñosa. ¡Oh, fue algo que no vuelve!"

V.

Conclusión.

"¡Oh, cómo han quedado dispersados sobre toda la tierra, los que antaño solían reunirse en el pequeño círculo jenense y andan ahora enseñando a los paganos! Siento pena que ya ninguno de ellos cultive la poesía, por lo menos ya no oímos sus cantos."

Así escribe Carolina ya en enero de 1807. Poco antes de su muerte, ella vuelve a referirse a la pequeña comuna de Jena con estas palabras:

"¡Qué tan lejos se han desviado de su camino!
¡Cómo se han dejado influenciar por la amarga desilusión que les preparó su destino, aunque fueron ellos mismos los que lo evocaron! ...
A todos los conocí en su pureza, en sus mejores tiempos. Pero luego vino la discordia y el pecado."

Carolina, la clarividente, aquí también ha visto hasta el fondo de la tragedia. No es cierto lo que opina Ricardo Benz en su magnífica obra "El Romanticismo Alemán", cuando dice que

"el romanticismo fue un movimiento juvenil"

y que de sus exponentes,

"no podemos esperar juventud eterna".

Otra fue la causa para que su época llegase a su fin antes de su muerte. La juventud es siempre la que declara la guerra al viejo y a los viejos, pero allí no termina su empresa, sino que realiza y trata de realizar con vehemencia sus nuevas teorías, siguiendo el cauce que se ha traseado. Este grupo de los románticos llegó a su punto de culminación cuando todos sus componentes eran jóvenes todavía y apenas habían alcanzado la edad de unos treinta y cinco años. Su perdición sobrevino porque permitieron que anidara en sus corazones la desilusión y los reproches contra su propio destino. Esta amargura hizo que faltasen a la lealtad hacia sus propios ideales. El círculo de amigos, en el que no había más que ayuda recíproca y estímulo mutuo, se disgregó ya durante el año de 1800. Todos tenían en abundancia y no pensaban en ser parcos con las grandes dotes de su espíritu. Al contrario, cada uno los derrochaba a manos llenas, sin sentir envidia ni celos del otro. Pero entonces la discordia vino a posesionarse de sus almas, a instigación de Dorotea, la amiga, y, más tarde, la esposa de Federico Schlegel. Ella fue hija del eminente filósofo judío Moisés Mendelssohn y había pedido su divorcio, por amor a Federico, de Guido Simón, banquero berlinense. Dorotea introdujo el germen del

"espectro de la pesadez"

y no paró mientes en dejar llegar las cosas hasta los chismes y calumnias personales.

Una vez dispersados, los antiguos amigos se olvidaron de sus más caros postulados que ante todo exigían que se pusiesen las artes y las ciencias al servicio del hombre, para conducirlo hacia su redención en Dios. Los dos profetas más jóvenes entre ellos, Novalis y Wackenroder, que sinceramente trataron de modelar su vida conforme a su doctrina, habían muerto prematuramente. ¿Llegaron a la meta u ordenaron los dioses su muerte porque los amaban? Los otros perdieron el camino y olvidaron el fin; se embriagaron con su saber y su erudición, cualidades que, sin la genuina caridad, no significaban más que

"metal que resuena".

Federico se volvió católico fanático y se retractó públicamente de su vida y de sus obras, ante todo de su novela "Lucinde". Clemens Brentano, el más talentoso, declaró más tarde, que las obras realmente poéticas

de sus mejores años, eran

"obras del diablo."

Guillermo Schlegel, finalmente, se hundió en arrogancia y vanidad. Los honores que le dispensaron y la convicción de sus propios méritos, le cegaron por completo y le hicieron olvidar que él mismo había proclamado el deber de cada ser humano, de sacar a luz lo inconsciente, para armonizarlo con sus facultades mentales. No logró el equilibrio de su personalidad y por eso, no llegó a la meta. Federico Strauss, el famoso teólogo protestante y filósofo, que escribió "La Vida de Jesús Cristo", hizo en el año de 1839, una visita a Guillermo y lo describe, según dice,

"como a un viejito que trataba de deslumbrarme con una enorme cantidad de conocimientos, hablados no más por al aire, y con inusitada rapidez."

¿En qué, en cambio, se funda la posición ventajosa de las tres mujeres, en cuya vida y obras se encarna el genuino espíritu del romanticismo? ¿Qué es lo que las distingue de los exponentes masculinos del movimiento y qué las hace sobresalir de una manera notable? Es que fueron consecuentes consigo mismas y debido a eso pudieron guardar la fidelidad hacia los principios que habían reconocido como justos. Las tres nos dan un ejemplo de verdadero heroísmo. Su alma está poseída de devoción y profundo respeto ante todo lo que es bello en la naturaleza y en su misma alma como parte de ella; afanosamente luchan por perfeccionar lo bello en toda su vida. Nunca traquean en sus propósitos y por eso, su juventud les dura hasta la muerte.

Bettina da pruebas de su vivo interés por todo lo grande y bello y grande del mundo, hasta una edad avanzada, (ella muere a la edad de 73 años). Quiere ayudar a mejorar la suerte de los miserables y proteger a los oprimidos! Con este propósito escribe los libros que llevan los títulos: "Este libro es del Rey" (1840) y "Conversaciones con espíritus malignos. Del libro del Rey, Segunda Parte." (1852), que dedica al rey Federico Guillermo IV de Prusia, para que este monarca usara su poder en beneficio de los sufridos. En 1809, Bettina interviene públicamente a favor de los Tirolenses, y durante la epidemia de cólera en Berlín, visitó valerosamente las casas de los pobres y enfermos.

La Guenderrode no dejó nunca de trabajar en el perfeccionamiento de su singular personalidad y no fue la desilusión la que la empujó a la muerte, sino únicamente el anhelo de alcanzar su redención en Dios.

Carolina de Schelling, en fin, atravesó hondas penas y vicisitudes y salió de ellas sin desilusionarse; así logró llegar al pleno desarrollo de sus facultades del alma y de la mente y modelar un conjunto armonioso como una obra de arte perfecta. El secreto de su ser consistía en su bondad y su fino tacto que la capacitaron para comprender el alma de los que la rodearon. Ella poseía en realidad aquella caridad de que habla el apóstol Pablo:

"La caridad nunca deja de ser; mas las profesías se han de acabar, y cesarán las lenguas, y la ciencia ha de ser quitada; porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; más cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será quitado." (I. Cor., 13, 8, 9.)

Las palabras

"lo que es perfecto"

en el lenguaje de los románticos significan la universalidad, donde el hombre y el artista son uno en Dios.

Federico Schlegel opinaba que las ideas de los Fragmentos del "Athenaeum" no necesitarían ni cien años para ser comprendidas en toda su profundidad y profetizaba que el siglo XIX ya nos traería su realización. Pero esta esperanza no se ha cumplido y parece que aun pasarán otros siglos hasta que la humanidad haya llegado a un estado de madurez, para que pueda vivir en consonancia con los postulados del romanticismo. Sin embargo, hay que tener fe en su realización como Novalis, el poeta del optimismo. El nos asegura que

"El tema de la historia consiste en evoluciones progresivas y siempre más extensas. Lo que ahora no alcanza la forma perfecta, lo logrará con otra tentativa futura y si no, en otra que le seguirá; no hay nada de perecedero en todo lo que una vez fue objeto de la historia; pasando por innumerables transformaciones, surge y vuelve a surgir en realizaciones siempre más perfectas."

Tenemos, pues, la esperanza de que a esta era mecanizada, siga otra época en la que la historia haga una nueva tentativa para crear una generación cuyos hombres y mujeres, unidos y bajo el estandarte de un gran ideal, logren someter arte y ciencia al servicio del alma humana, para ir subiendo los peldaños hacia la meta suprema que es la redención en Dios.

---oOo---



OF. CENTRAL